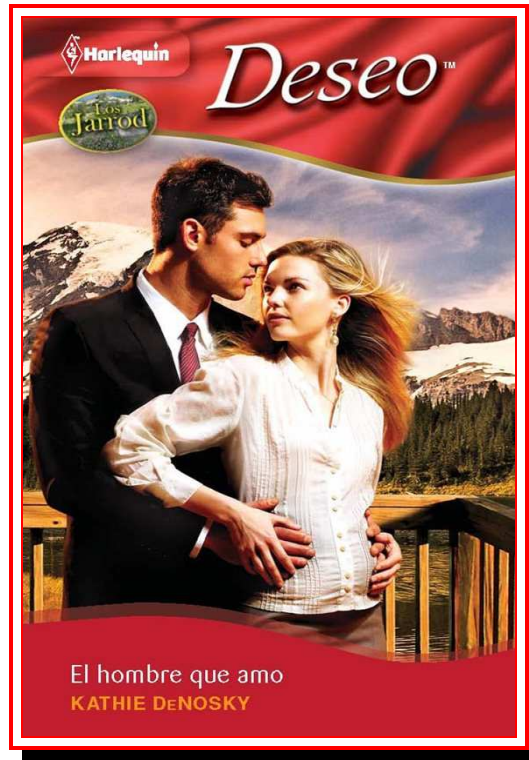


# El hombre que amo

Kathie DeNosky  
3º Mult. Los Jarrod



## **El hombre que amo (2011)**

**Título Original:** Expecting the rancher's heir (2010)

**Serie:** 3º Mult. Los Jarrod

**Editorial:** Harlequin Ibérica

**Sello / Colección:** Deseo Miniserie 69

**Género:** Contemporáneo

**Protagonistas:** Shane McDermott y Melissa "Lissa" Jarrod

## **Argumento:**

*¿Por conveniencia o por amor?*

*Melissa Jarrod mantenía en secreto su aventura con el rico ranchero Shane McDermott. Pero entonces, una prueba de embarazo volvió del revés el mundo de la heredera de Aspen. Un bebé nacido fuera del matrimonio espantaría a los conservadores inversores que apoyaban el lujoso complejo de su familia, Jarrod Ridge.*

*Pero Shane era un hombre de honor y no dudó en proponerle matrimonio. Para él aquello era solo un matrimonio de conveniencia. Sin embargo, Melissa no se contentaría con algo menos que el amor... para ella y para su bebé.*

*Este libro está dedicado a las maravillosas autoras con las que he trabajado en esta serie: Maureen Child, Maxine Sullivan, Tessa Radley, Emilie Rose y Heidi Betts. Ha sido un placer trabajar con todas vosotras.*

*Y agradezco especialmente a Charles Griemsman y a Krista Stroeover el haberme pedido que participara en este gran proyecto.*

## *Del Testamento y últimas voluntades de Don Jarrod.*

*... Y a mi hija Melissa le lego la tercera parte de mis bienes. Te confío en particular la supervisión ejecutiva del complejo del spa del Jarrod Ridge. Aunque creas que no me di cuenta, el éxito que tuviste con aquel spa en Malibú me impresionó. Desde que eras pequeña he estado muy orgulloso de ti, aunque el negocio familiar me impidiera estar mucho tiempo en casa y no me dejara demostrarte cuánto te quería. Solo te pido que consigas que tu hermanastra Erica se sienta querida y bienvenida en su nueva familia. Siempre te mantuviste firme ante los cabezotas de tus hermanos; enséñale a Erica cómo se hace.*

## Capítulo Uno

—No digas que estoy embarazada. Por favor, no lo digas —susurró Melissa Jarrod temiendo abrir los ojos. Quizá si lo repetía bastantes veces podría conseguir que el palito blanco que sostenía en la mano le diera el resultado que ella esperaba.

Cuando por fin se atrevió a mirar el resultado del test de embarazo, sintió que el estómago le bajaba a los pies. La palabra *Embarazada* no podía haber estado más clara en la pantalla.

—No puedo estar embarazada —dijo ella con incredulidad, mirándose en el espejo del baño—. Hemos tenido cuidado.

Pero al mirarse el vientre plano se percató de que, con la mala suerte que había tenido en los últimos tiempos, no solo era posible, sino muy probable. Había mantenido relaciones con Shane McDermott desde el momento en que había regresado a Aspen dos meses antes. Aunque casi siempre habían tomado las precauciones adecuadas, poco tiempo después de comenzar la relación se habían dejado llevar por la pasión irrefrenable durante una noche.

Confiando en que el resultado del test pudiera estar equivocado, agarró la caja para releer las instrucciones. Lo había hecho todo bien. Y no había nada que indicara que el test pudiera dar un falso positivo. Además, la probabilidad de error era tan baja que era casi imposible que no estuviera embarazada.

Se dirigió a su habitación y se sentó en la cama. ¿Qué diablos iba a hacer y cómo se lo iba a contar a Shane?

Él había dejado claro desde un principio que no estaba interesado en mantener una relación seria, y a ella le había parecido bien. Cuando regresó a Aspen para la lectura del testamento de su padre, no estaba segura de cuánto tiempo iba a quedarse allí. Pero sus hermanos, su recién descubierta hermanastra y ella, se habían enterado de que debían ocuparse del funcionamiento del complejo hotelero de Jarrod Ridge durante al menos un año o perderían el derecho a heredar la floreciente empresa. Aun así, habría sido una tontería meterse en una relación seria sabiendo que, tarde o temprano, regresaría a California en un futuro.

Pero con el resultado positivo de la prueba de embarazo, su aventura se había convertido en un compromiso de por vida. Al menos para ella. Pero ¿cómo reaccionaría Shane cuando se enterara de que después de siete meses y algo más iba a ser padre?

Absorta en sus pensamientos y luchando contra el pánico que se apoderaba de ella, se sobresaltó al oír su teléfono móvil. Miró la pantalla y vio que la llamaban del Tranquility Spa.

—¿Qué ocurre ahora, Rita? —preguntó, y respiró hondo para tranquilizarse.

Desde que Melissa había ocupado el puesto de directora del Jarrod Ridge Spa, la subdirectora le había comunicado un problema a diario. Pero por primera vez en

dos meses, agradeció las preocupaciones de aquella mujer insegura. Cualquier distracción era bienvenida.

—Siento molestarla, señorita Jarrod, pero el profesor de yoga ha llamado esta mañana diciendo que estaba enfermo y no he podido localizar al suplente. Tenemos la sala llena de alumnos y nadie para dar la clase. ¿Qué debo hacer? —lloriqueó Rita.

—Lo primero, respirar, Rita —dijo Melissa, levantándose y sacando unas mallas de la cómoda—. Quiero que te tranquilices. Después, lleva a los clientes hasta el bar de zumos para ofrecerles uno de parte de la casa.

—¿Y luego? —preguntó la mujer, un poco más tranquila.

Melissa no comprendía cómo diablos había conseguido llegar a subdirectora. Aunque era una mujer muy simpática, Rita no era capaz de tomar una decisión por sí misma.

Melissa miró el reloj.

—Estaré allí dentro de diez minutos para dar la clase.

Lo último que deseaba hacer aquella mañana era impartir una clase de yoga. Tenía que decidir cuándo y cómo le iba a contar a Shane, y a su familia, lo del embarazo. Pero no le quedaba elección. El Tranquility Spa era famoso por ofrecer a los clientes un trato exquisito y ella no estaba dispuesta a que eso cambiara.

Se recogió el cabello rubio en una coleta, guardó rápidamente sus cosas en la bolsa del gimnasio y agarró las llaves del coche, que estaban en la encimera de la cocina. Desde su regreso a Aspen había estado alojada en Willow Lodge, una de las lujosas cabañas de madera pertenecientes al complejo de Jarrod Ridge.

Podía haberse alojado en su suite de la casa familiar, pero nunca lo había considerado una opción. Se había criado en Jarrod Manor, pero siempre había pensado que aquel lugar se parecía más a una prisión que a una casa. No había regresado más que en algunas ocasiones desde que se marchó a la universidad ocho años antes y no tenía especial interés en volver.

Mientras pasaba con el coche bajo el umbral de la puerta de la entrada principal del complejo, relegó los pensamientos sobre su infancia a lo más profundo de la mente. A pesar de que Willow Lodge era la cabaña más alejada de la casa principal, podía haber ido caminando. Pero en cuanto terminara la clase de yoga, iría al rancho de Shane para contarle que su relación sin compromiso se había complicado. Eso, si es que era capaz de encontrar el rancho.

Solo había estado en el rancho Rainbow Bend una vez, y había sido muchos años antes. Si no recordaba mal, estaba en un valle remoto a varios kilómetros de la carretera principal.

Al aparcar el vehículo, vio que había un hombre junto a una camioneta y se le aceleró el corazón. Shane McDermott le estaba entregando las llaves al aparcacoches, y ella nunca lo había visto tan *sexy*.

Alto y tremendamente atractivo, con sombrero de ala ancha y botas altas, era un auténtico vaquero. Shane era el tipo de hombre con el que ella siempre había

fantaseado y, a juzgar por la cara de las mujeres que estaban por la entrada, también era el tipo de hombre con el que ellas soñaban.

No era de extrañar que tuviera fama de mujeriego.

Al ver que él se acercaba para abrirle la puerta del coche, sintió que se le detenía el corazón.

– Buenos días, señorita Jarrod – dijo él, quitándose el sombrero para saludarla.

La brisa alborotó su cabello negro y Melissa se acordó de cuando habían hecho el amor la otra noche y ella le había acariciado el cabello con los dedos. Intentó ignorar el escalofrío que recorrió su cuerpo al pensar en lo que habían compartido.

– Buenos días, señor McDermott – contestó ella, saliendo del coche y entregándole las llaves al aparcacoches.

– Creía que el viernes era tu día libre – dijo él, con una sonrisa.

– Normalmente lo es – pasó a su lado y se dirigió hacia la puerta –. Uno de los profesores de yoga se ha puesto enfermo y voy a impartir su clase.

– ¿Y cuando termines de retorcer a los clientes tienes el resto del día libre?

– Sí.

No pudo evitar preguntarse qué pretendía Shane con su pregunta. Para evitar rumores entre los empleados del Jarrod Ridge y la desaprobación de los inversores más conservadores, habían tenido mucho cuidado para mantener su aventura en secreto. Ni siquiera la familia de Melissa lo sabía y habían conseguido mantener la apariencia de que no eran más que conocidos tratando de que no los vieran juntos. Ni siquiera habían pasado toda una noche juntos por miedo a que alguien lo viera salir de casa de ella. Hasta el momento, habían conseguido que no los vieran juntos para nada.

Pero si Shane continuaba haciéndole preguntas de camino al spa, habría muchas posibilidades de que alguien se percatara y, al final del día, los rumores se habrían extendido por todo el complejo, o incluso por toda la ciudad de Aspen. O peor aún, podían traicionarla los nervios y contarle en medio del recibidor que iba a tener un hijo suyo.

– Más tarde pasaré por Willow Lodge – dijo él, sonriendo. Sus ojos azules brillaban con picardía –. Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo, Lissa.

– ¿Te importaría hablar más bajito?

Miró a su alrededor para ver si alguien lo había escuchado. Él era el único que la llamaba Lissa y ella se estremecía cada vez que lo hacía.

– Yo también tengo que hablar de algo contigo, Shane. Pero preferiría no hacerlo... – se calló al ver que un botones se fijaba en ellos. Cuando el hombre se alejó, Melissa se volvió hacia Shane –. Creía que hoy tenía una comida con otros inversores de Jarrod Ridge, señor McDermott.

– Así es.

– Entonces, ¿qué está haciendo aquí?

Melissa no pretendía ser tan directa, pero si no se marchaba para dar la clase de yoga la pobre Rita sufriría un ataque de nervios y los clientes empezarían a quejarse. Además, necesitaba poner un poco de distancia entre Shane y ella. El aroma a cuero y loción de afeitar provocaba que ella deseara acercarse aún más.

—He venido para comprobar que la manada de caballos que vendí al complejo está cumpliendo con las expectativas —arqueó una ceja—. ¿Tienes algún problema al respecto?

Suspirando, Melissa negó con la cabeza.

—Lo siento, no pretendía ser antipática con usted. La clase de yoga tenía que haber empezado hace quince minutos y tengo que irme.

—Entonces, no la entretengo más, señorita Jarrod —dijo alzando el tono de voz cuando llegaron a la entrada de Tranquility Spa. Después, inclinó la cabeza llevando la mano al sombrero y le guiñó un ojo con complicidad—. Me alegro de volver a verla. Espero que tenga un buen fin de semana.

Melissa suspiró al ver alejarse a Shane por el pasillo. El hombre era igual de atractivo de espaldas que de frente. La chaqueta que llevaba resaltaba sus anchas espaldas y los pantalones vaqueros se pegaban a sus poderosas piernas.

Melissa se estremeció al recordar cómo se habían acariciado, besado, y hecho el amor. Respiró hondo, abrió la puerta del spa y se preparó para dar la clase de yoga.

Desear a Shane McDermott era lo que había provocado que se le complicara la vida. Sin duda, sería mejor que no lo olvidara.

## Capítulo Dos

—Melissa, ¿me has oído? —le preguntó Avery Lancaster. Estaba comprometida con Guy, el hermano de Melissa, y se había convertido en una buena amiga.

—Um, lo siento —murmuró Melissa, y bebió un sorbo de agua. Estaba pensando en el resultado de la prueba de embarazo y le resultaba difícil concentrarse en la conversación.

—Te he preguntado si has probado los sándwiches de pepino que ha añadido Guy —repitió su amiga con paciencia mientras señalaba la carpeta de cuero que tenía Melissa.

Revisando los nuevos platos que su hermano había incorporado al menú del Sky Lounge, desde que había ocupado el puesto de director de restauración, Melissa negó con la cabeza.

—No, ni siquiera me había dado cuenta de que había platos nuevos.

—¿Ocurre algo? —preguntó Avery, frunciendo el ceño.

—No, solo lo típico que pasa cuando se dirige un spa —mintió Melissa, cerrando la carta y dejándola sobre la mesa. Odiaba no ser sincera con su amiga, pero tenía que contarle lo del embarazo a Shane antes que a nadie.

—¿Todavía tienes problemas con la subdirectora, hermanita? —preguntó Guy, cuando se acercó a ellas. Se inclinó para besar a Avery y se sentó a su lado.

—Rita lo está haciendo un poco mejor que antes —dijo Melissa—. Esta mañana sí ha tenido un momento en el que yo pensaba que iba a darle un ataque de pánico, pero lo solucionamos.

—En otras palabras, lo solucionaste tú —dijo Guy.

—Bueno, sí —admitió Melissa—. Pero para ser justa con Rita, no había nadie más para dar la clase de yoga esta mañana.

—¿Sigues pensando en tomarte el fin de semana libre, como planeaste? —le preguntó Avery.

—Blake cree que debería hacerlo —dijo Melissa, encogiéndose de hombros. El hermano mellizo de Guy era el nuevo director ejecutivo del complejo de Jarrod Ridge, y en la última reunión había sugerido que ella se fuera unos días para ver si Rita podía desempeñar sola el puesto de subdirectora o si debía ser reemplazada—. Solo estaré a una llamada de teléfono, así que supongo que no será un problema que me vaya unos días.

—No te has tomado ningún día libre desde que empezaste a dirigir el spa —señaló Guy—. Ambos sabemos que si Rita sabe que estás localizable, te llamará.

Melissa se frotó las sienes para aliviar la tensión.

—No puedo dejarla sola. ¿Y si pasa algo como esta mañana?



—Si Rita se encuentra con algo que no pueda solucionar recurriré a mí o a Blake. Yo estaré por aquí casi todo el fin de semana, y sabes que Blake también estará.

—Tanto Blake como tú intimidáis a Rita —Melissa no pudo evitar reírse—. Además, ¿qué sabes tú de llevar un spa o de dar clase de yoga?

—¿Yo? ¿Intimidado a la gente? —Guy sonrió—. Solo porque exija lo mejor a mi equipo de cocina no significa que sea un tirano —le dio un golpecito en el hombro—. No te preocupes. Me ocuparé de todo lo que pase en el spa. Tú relájate y disfruta de un poco de tiempo libre.

A pesar de que durante la infancia su padre nunca había fomentado que desarrollaran un estrecho lazo familiar entre hermanos, Melissa y sus cuatro hermanos estaban muy unidos. Ella no podía evitar pensar cómo habría sido si hubiesen tenido una estrecha relación cuando eran niños. Quizá haberse criado en Jarrod Manor no hubiera significado una infancia solitaria.

—Gracias, Guy —dijo Melissa con una sonrisa—. Si me necesitas...

Su hermano negó con la cabeza.

—No lo haré —miró el reloj y se puso en pie—. Se acabó el descanso. Es hora de regresar a la cocina y ver cómo van las cosas —besó a Avery en la mejilla—. Te veré esta noche.

Mientras observaba alejarse a Guy, Avery suspiró:

—¿No te parece el hombre más guapo del mundo?

—Estás enamorada —dijo Melissa, incapaz de no sentir cierta envidia.

Guy y Avery tenían una relación como la que ella siempre había imaginado para sí misma. Por desgracia, lo que Shane y ella compartían en ese momento nunca llegaría a ser nada más de lo que era, una fuerte atracción que se enfriaría cuando él se enterara de que estaba embarazada.

Mientras Avery y ella terminaban de comer estuvieron hablando sobre la organización de la cena en honor de los inversores del festival anual de vino y gastronomía. Una hora más tarde, cuando salieron al recibidor, Melissa estaba más que preparada para regresar a Willow Lodge. Shane pasaría por allí y, aunque ella no sabía cómo iba a tomarse la noticia sobre del embarazo, tenían que acostumbrarse a la idea de que siete meses después serían padres.

Shane salió de la sala de reuniones con una única idea en la cabeza: buscar a Lissa y convencerla para que pasara tres días con él en el rancho. Durante las dos últimas semanas, el complejo había estado entregado al festival de vino y gastronomía y todo el mundo había estado muy ocupado. Ellos habían podido pasar muy poco tiempo juntos y, ya que el evento había terminado, él pretendía remediarlo lo antes posible. Por supuesto, no esperaba que su aventura amorosa se convirtiera en una relación seria, pero tampoco estaba dispuesto a abandonar lo que tenían.

Había disfrutado del tiempo que había pasado con ella durante los dos últimos meses y esperaba pasar un par de ellos más antes de emprender caminos separados.

—Shane, hijo, me alegro de verte otra vez —una voz grave se dirigió a Shane por detrás. Shane se volvió para saludar a uno de los amigos de su difunto padre.

—Me alegro de verlo, senador Kurk. ¿Cómo está? —preguntó él, y le estrechó la mano.

—No puedo quejarme —dijo el senador con una sonrisa—. Sienta bien salir de Washington durante unos días y regresar a casa para pasar tiempo con los amigos y la familia.

—Sin duda —convino Shane—. He oído que está muy ocupado con varios asuntos importantes de ámbito nacional.

El senador Kurk se rio.

—Y por si no fuera suficiente para quitarme el sueño, me han nombrado director de un nuevo comité de investigación —lo miró pensativo—. ¿Tú no eres arquitecto?

—Sí. Mi especialidad son las caballerizas.

—Interesante —dijo el hombre—. Supongo que tus estudios también incluirían otras áreas de la arquitectura, ¿no?

—Por supuesto —al ver que el hombre permanecía en silencio, Shane empezó a avanzar lentamente—. Estoy seguro de que llegará al fondo de aquello de lo que se esté encargando su comité, senador —dijo él, confiando en que el hombre no tuviera libertad para compartir lo que el comité estaba investigando.

Por muy bien que le cayera Patrick Kurk, el senador podía ser tan aburrido como cualquier otro político, y Shane no estaba dispuesto a escuchar los problemas de la nación. Cuánto antes llegara a la casa de Lissa antes comenzaría a disfrutar de un fin de semana con la mujer más excitante que había conocido nunca.

—Discúlpeme, senador —uno de sus asistentes se acercó a él—. La reunión del Rotary Club está a punto de comenzar y su discurso es el primero en la agenda.

Aliviado, Shane sonrió:

—No lo entretengo más, senador. A lo mejor podemos ir a pescar truchas en el río Rainbow la próxima vez que venga a la ciudad.

—En cuanto tenga la primera oportunidad —dijo el senador Kurk—. Me alegro de volver a verte, Shane.

Shane salió del complejo y se encaminó a casa de Lissa para convencerla de que pasara el fin de semana con él. Y no la dejaría hasta que consiguiera su propósito.

Teniendo en cuenta su preocupación por no generar rumores en el complejo, estaba seguro de que no le resultaría tan fácil convencerla para que se quedara con él en el Rainbow Bend. Pero no tenía dudas acerca de que lo que compartirían merecería todo lo que él tuviera que hacer para convencerla.

Shane negó con la cabeza y miró a su alrededor para ver si alguien lo estaba mirando antes de tomar el atajo hasta las cabañas de lujo. Durante los dos últimos meses había estado pasando por el aro para complacerla, y empezaba a estar cansado.

En lugar de ir directamente al lugar donde estaba ella, se había convertido en un ritual dirigirse a los establos y después regresar entre los árboles. Ella había insistido en que nadie sospecharía nada de que fuera a ver a los caballos que él había vendido al complejo, y suponía que tenía razón. Pero no podía controlar la opinión que los demás tuvieran de él y tampoco le importaba. Lissa, por otro lado, era una persona reservada y él respetaba su necesidad de discreción.

Colándose entre los árboles que había detrás de Willow Lodge, subió los escalones del porche de dos en dos. Justo cuando se disponía a llamar, Lissa abrió la puerta.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó ella, agarrándolo de la mano para que entrara.

Una vez dentro, él la tomó entre los brazos y cerró la puerta con una suave patada.

—No conozco a ningún hombre que no quiera que una mujer le haga esa pregunta, cariño.

Ella lo miraba como si tuviera otra cosa en mente, pero tendría que esperar. Habían pasado tres días desde la última vez que la había besado y abrazado y estaba decidido a solventar ese pequeño problema.

La besó en los labios y ella, en lugar de retirarse, lo rodeó por la cintura y lo abrazó con fuerza. Al instante, él estaba ardiendo de deseo.

Moviéndose una pizca para acomodarla mejor contra su cuerpo, Shane la besó de forma apasionada. Su dulce sabor, el aroma floral de su cabello rubio y el tacto de su cuerpo contra el suyo provocaron que se sintiera como si el pantalón le hubiera encogido un par de tallas. Decidió que lo mejor era finalizar el beso o terminaría con un problema serio.

—Deseaba hacer esto desde que te vi esta mañana en el complejo —dijo él, y sonrió.

La mirada de sus ojos azules y el color de sus mejillas era una de las imágenes más bellas que había visto nunca. Dulce y femenina, Lissa tenía el aspecto que una mujer debía tener cuando un hombre la besaba.

Ella negó con la cabeza.

—Shane, por favor, antes de que esto vaya más lejos tenemos que hablar.

—Así es —dijo él.

—Hay algo que debo decirte.

—Yo primero —insistió él.

La agarró de la mano y la llevó al salón. Se sentó en una de las butacas de cuero que había frente a la chimenea y la acomodó sobre su regazo.

– Es importante, Shane. Ha ocurrido una cosa inesperada que...

Él le cubrió los labios con el dedo.

– Tendrá que esperar.

– Es algo que no puede esperar.

Shane la besó para distraerla.

– Hay algo que quiero que hagas conmigo este fin de semana.

– ¿El qué?

– Quiero que pases los próximos días conmigo, en el rancho – al ver que ella se disponía a protestar, negó con la cabeza –. Escucha, preciosa. La mayor parte de mis ayudantes se ha ido aprovechando que hay un fin de semana largo, y a los que no se han ido no les preocupa quién se quede conmigo. Cactus, el guardés, se ha marchado a Denver a ver a su hermana, así que tendremos la casa para nosotros solos. A menos que tú se lo cuentes, nadie sabrá que has estado conmigo.

Ella se quedó pensativa durante un momento antes de decir:

– Tenemos que hablar de una cosa en profundidad, así que puede que sea buena idea hacerlo en la intimidad de tu rancho.

Sorprendido por la facilidad con la que había aceptado, él la abrazó.

– Hablar no era lo que tenía en mente cuando te pedí que vinieras conmigo, pero supongo que podremos hablar de eso que te parece tan importante mientras descansamos de otros objetivos más placenteros.

Ella lo miró fijamente.

– ¿Quieres dejar de bromear?

– Cariño, pensaba que a estas alturas ya te habrías dado cuenta de que cuando se trata de hacer el amor siempre hablo en serio – murmuró él, y la besó en el cuello –. Pero si crees que es necesario, estaré encantado de recordártelo.

– Cuando te cuente lo que he descubierto esta mañana, creo que estarás de acuerdo en que este fin de semana deberíamos poner menos énfasis en bromear y en hacer el amor y concentrarnos en tomar decisiones acerca de lo que vamos a hacer – dijo ella, y se puso en pie –. Shane, no me resulta fácil decirte esto y no creo que te alegres al oírlo.

Shane dejó de sonreír. Su lenguaje corporal y el tono de su voz indicaban que lo que iba a decir no era agradable. Pero él siempre se enfrentaba a los problemas.

– ¿Por qué no me lo cuentas y así terminamos de una vez, Lissa?

– Está bien.

Su voz temblorosa y la lágrima que rodaba por su mejilla cuando se volvió para mirarlo, provocó que a Shane se le acelerara el corazón y que se pusiera en pie. Pero las palabras de Lissa provocaron que se quedara de piedra.

—Shane, estoy embarazada.

## Capítulo Tres

Sintiéndose como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago, Shane se sentó en la butaca de cuero. A pesar de que nunca se quedaba sin habla, de pronto no era capaz de pronunciar dos palabras seguidas.

Embarazada. Lissa estaba embarazada. Eso significaba que él iba a ser... él iba a ser padre.

Increíble.

Negó con la cabeza para intentar aclarar sus pensamientos. No estaba seguro de qué era lo que esperaba que ella le contara pero, desde luego, no que estuviera embarazada de él.

– El bebé es tuyo – dijo Lissa, un poco a la defensiva.

– No tenía ninguna duda al respecto, cariño. ¿Cuándo has ido al médico?

– No he ido – se mordió el labio inferior para que no le temblara –. Esta mañana me he hecho la prueba en casa.

– A lo mejor el resultado está equivocado.

– No creo. He tenido una falta y estoy a punto de tener la segunda. Además, esa marca presume de tener la mayor precisión de las que hay en el mercado.

De pronto, Shane se puso en pie. Necesitaba un poco de aire fresco y tiempo para asimilar la noticia. Se acercó a ella y le acarició la mejilla con el dedo para secarle las lágrimas.

– ¿Por qué no recoges tus cosas para el fin de semana mientras yo voy a por la camioneta?

– Pero ¿y si alguien nos ve yéndonos juntos? – preguntó ella.

– Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos al margen de que alguien que no tenga nada mejor que hacer rumoree acerca de que nos haya visto juntos – la interrumpió él, estrechándola entre sus brazos y besándola en la frente –. Cuando lleguemos a Rainbow Bend hablaremos de ello y decidiremos qué vamos a hacer. Por ahora, recoge tus cosas y prepárate para marchar en cuanto regrese.

Shane se marchó y cerró la puerta. Durante un instante permaneció en el porche contemplando la panorámica de las Montañas Rocosas recortadas contra el cielo azul de septiembre.

Había hecho lo que había prometido que no haría jamás. Jamás se había planteado que criar a un hijo fuera a formar parte de su plan de vida. Lo único que le quedaba por hacer era asumir sus responsabilidades y hacer lo correcto. Era una cuestión de principios y lo que su padre habría esperado de él.

Respirando hondo, Shane enderezó la espalda y bajó las escaleras. Mientras se dirigía a la parte principal del complejo, decidió lo que tenía que hacer.

Había dejado embarazada a Melissa Jarrod, así que había llegado el momento de convertirla en su esposa.

El trayecto hasta el rancho de Shane transcurrió en silencio mientras ambos reflexionaban sobre el giro inesperado que había dado su relación. Cuando llegaron a Rainbow Valley, Melissa se sentía como si estuviera a punto de perder los nervios. Buscando cualquier cosa que la entretuviera para no pensar en su problema, miró a su alrededor.

Solo había estado en el Rainbow Bend una vez, muchos años antes, cuando su padre insistió en que lo acompañara para comprar caballos para el complejo. Había sido un mal intento por su parte para tratar de cerrar la distancia que empezaba a crearse entre ambos. Puesto que ella no quería estar allí se había pasado el tiempo deseando estar en otro sitio en lugar de contemplar el precioso paisaje.

Pero cuando Shane condujo la camioneta por el camino que llevaba hasta el pintoresco valle, ella se quedó boquiabierta al ver la vista.

—Esto es precioso, Shane. Tienes suerte de haberte criado aquí.

—Me gusta —dijo él, deteniendo la camioneta junto a una casa de madera de dos pisos—. Pero no todo el mundo disfruta de estar aislado.

Melissa frunció el ceño.

—Hablas como si estuvieras en la mitad de la nada. No creo que estar a quince kilómetros de Aspen sea estar tan lejos de la civilización.

—Eso es porque nunca has estado aquí en el invierno —contestó él, encogiéndose de hombros—. Cuando nieva mucho, la carretera de la montaña puede permanecer cerrada durante semanas enteras y apenas se puede ir a la ciudad.

—¿Y cómo ibas al colegio cuando eras niño? —preguntó ella.

—Cuando era pequeño y llegaba el invierno me quedaba en Aspen con la hermana de mi padre y su familia hasta que se mudaron a Nuevo México —salió de la camioneta y se dirigió a abrir la puerta del copiloto para que bajara ella—. Cuando se marcharon de Colorado yo ya casi había terminado el colegio y era lo bastante mayor para quedarme solo.

—Fue entonces cuando te quedaste en Jarrod Ridge, ¿no es así? —su padre hacía que trabajara en el complejo después del colegio y los fines de semana, y ella recordaba haber visto a Shane trabajando con los caballos las pocas veces que había acompañado a los clientes a los establos.

Asintiendo, él sacó la bolsa de Lissa y, colocando la mano sobre su espalda, la guio hasta la casa.

—Mi padre y el tuyo hicieron un acuerdo para que pudiera quedarme en Jarrod Ridge durante el invierno de mi último año de instituto, a cambio de que los fines de semana me ocupara de los caballos e hiciera de guía con los clientes.

–Teniendo en cuenta lo mucho que te gustan los caballos, no creo que te importara –dijo ella, sonriendo mientras subían los escalones del porche.

Él negó con la cabeza y abrió la puerta principal.

–Puesto que el complejo solo compra caballos a Rainbow Bend, era como cuidar de mis propios caballos.

Cuando entraron en la casa, Melissa no se sorprendió nada al ver que toda la decoración era bastante masculina. Igual que el dueño. No había absolutamente nada que indicara que allí había vivido una mujer y ella no pudo evitar preguntarse qué le habría pasado a su madre.

Trató de recordar si había oído algo acerca de la mujer. Nada. ¿Habría fallecido cuando Shane era un niño igual que había hecho la suya?

–Cactus se ha marchado a Denver esta mañana, así que tendremos que cocinar nosotros –dijo Shane, interrumpiendo sus pensamientos.

Colgó el sombrero de ala ancha en un colgador que había junto a la puerta, dejó la bolsa de Melissa en el suelo y se acercó para ayudarla a quitarse la chaqueta.

–Dímelo cuando tengas hambre y pondré un par de filetes en la parrilla.

Ella frunció el ceño.

–Durante las dos últimas semanas tengo hambre todo el rato.

–¿Por el embarazo? –le miró el vientre como para ver si había habido algún cambio en su cuerpo—. Recuerdo que uno de mis hombres siempre bromeaba con que su mujer comía como un rancharo cuando estaba embarazada del niño.

–Yo todavía no estoy tan mal, pero creo que el embarazo es la causa por la que me ha aumentado el apetito. Puesto que nunca he estado embarazada antes, no estoy segura –dijo, encogiéndose de hombros.

Él la miró durante varios segundos antes de sonreír.

–Tendremos que hablar con tu médico sobre cuándo tienes que hacerte la primera revisión –se quedó pensativo un instante y añadió—: De hecho, sería buena idea que hiciéramos una lista con todo lo que tenemos que preguntarle.

–Vaquero, ¿cómo que «tenemos»? No recuerdo haberte invitado a venir conmigo.

–No importa. Yo iré –dijo él.

–¿Por qué?

–Más tarde hablaremos sobre mis motivos y tomaremos decisiones importantes –dijo él, dedicándole una sonrisa que hizo que se le acelerara el corazón. Agarró su bolsa y se dirigió hacia las escaleras—. Ahora te enseñaré el dormitorio y mientras te acomodas prepararé los filetes.

Una vez arriba ella se sorprendió de que él le mostrara la habitación de invitados. Nunca habían pasado juntos toda una noche y, cuando le pidió que pasara el fin de semana con él, ella había imaginado que dormirían en la misma habitación.



Pero después de haberle contado lo del embarazo, era evidente que el insaciable deseo que sentía hacia ella se había enfriado.

Él dejó la bolsa sobre la cama y antes de marcharse, tomó a Melissa entre sus brazos.

—Baja a la cocina cuando termines. La cena estará lista en veinte minutos —la besó en la mejilla antes de que ella pudiera reaccionar.

Mientras sacaba la ropa de la maleta, Melissa experimentó una intensa tristeza que no podía comprender. ¿Por qué le molestaba tanto el hecho de que Shane hubiera perdido algo de interés en ella?

No era como si estuvieran enamorados. Ambos habían acordado al principio de tener relaciones que el tiempo que pasaran juntos era para estar relajados y que no tendrían implicación emocional alguna.

Ella quería encontrar a un hombre y formar una familia, pero puesto que tenía que ocuparse del complejo, no era el momento adecuado. Además, Shane no era el hombre apropiado para convertir su sueño en realidad. Su fama de mujeriego era mayor que la de su hermano Trevor.

Shane era un arquitecto especializado en establos de lujo. Su listado de clientes incluía a algunas de las personas más ricas y famosas del mundo de la equitación y no tenía tiempo para una relación seria.

Melissa se mordió el labio inferior para que no le temblara. En momentos como éstos echaba mucho de menos a su madre. Le habría gustado pedirle consejo. Por desgracia, Margaret Jarrod había muerto de cáncer cuando Melissa tenía dos años y ella se había criado sin el amor y el cuidado de una madre.

Tratando de no entristecerse, terminó de sacar la ropa, respiró hondo y se dirigió al piso de abajo. Ella sabía que la relación con Shane terminaría en algún momento, pero no había imaginado que fuera tan pronto. Y menos que cuando sucediera ella estaría embarazada de él.

## Capítulo Cuatro

—¿Cuándo vas a llamar al médico para la primera cita? —preguntó Shane, con un vaso de té helado en la mano. Lissa había estado muy callada durante la comida y ya era hora de que hablaran del tema que tenían pendiente.

Ella dejó de jugar con el trozo de carne que tenía en el plato y negó con la cabeza.

—No lo he pensado. Me he hecho la prueba esta mañana y antes de que tuviera la posibilidad de asimilar la noticia me llamaron para dar la clase de yoga. Después quedé con Avery para comer.

—Y poco después aparecí en tu puerta y aquí estamos.

Ella asintió.

—Todavía no he tenido tiempo para asimilar que voy a tener un bebé.

—Parece irreal, ¿verdad? —a él también le costaba asimilarlo.

—Sabía que existía la posibilidad —dijo ella, dejando el tenedor sobre el plato—. Pero ¿lo hacemos una vez sin protección y me quedo embarazada? La probabilidad de que eso suceda es muy pequeña.

—Parece que con nosotros ha sido así —le agarró la mano—. Pero quiero que sepas que no vas a pasar por esto sola. Estamos juntos. Estaré a tu lado para acompañarte en cada paso, Lissa.

—Te lo agradezco —lo miró unos segundos antes de apoyarse en el respaldo de la silla—. Si te refieres económicamente, creo que ambos sabemos que no será necesario. Soy independiente económicamente y tengo dinero suficiente para cubrir todos los gastos de antes y de después del nacimiento.

—No me refiero al apoyo económico —dijo él.

—¿A qué te refieres, Shane? —preguntó ella, confundida.

Levantándose para llevar los platos a la cocina, se volvió para mirarla.

—Me refiero a que estaré a tu lado cuando tengas que ir al médico, en el parto y durante la crianza.

—En otras palabras, me estás diciendo que quieres la custodia compartida —asintió ella—. Lo comprendo, y no veo ningún problema. Estoy segura de que podremos organizarnos.

—La custodia no va a ser ningún problema —dijo él, negando con la cabeza. Se acuclilló a su lado y le retiró un mechón de pelo de la mejilla—. Estoy seguro de que compartir la responsabilidad de un hijo se convierte en algo automático cuando los padres están casados.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Casados?

– Sí.

– ¿Casados de verdad, con pastel de boda, vestido blanco y un «sí, quiero»?

– Sí.

– No.

– ¿Por qué no?

Ella cerró los ojos un instante y negó con la cabeza.

– ¿Te has vuelto loco, Shane? No puedes hablar en serio.

– Cariño, nunca bromeo acerca del matrimonio.

– No podemos casarnos, Shane – insistió ella –. Al fin y al cabo, no nos conocemos tan bien.

– Claro que sí – se puso en pie, la levantó y se sentó en la silla para acomodarla sobre su regazo –. Sé que te gusta cuando te hago esto – la besó en el cuello y ella suspiró –. Y esto te encanta – añadió, metiendo la mano bajo su camiseta y acariciándole el costado. Después inclinó la cabeza y movió la mano –. Pero esto te gusta aún más.

La besó en la boca al mismo tiempo que le cubría un pecho con la mano y ella se estremeció. Al ver su respuesta, Shane la besó de manera apasionada y, una vez más, se maravilló al sentir su dulzura y la sensación de plenitud que experimentaba cuando la abrazaba.

Había besado a muchas mujeres en su vida, pero ninguna lo había hecho sentir como Melissa Jarrod. Sus cuerpos encajaban a la perfección y la pasión que ella mostraba lo excitaba como nunca hubiera podido imaginar.

Notó una fuerte tensión en la entrepierna y decidió dejar de besarla antes de que la situación se le escapara de las manos. En esos momentos, Lissa necesitaba su apoyo y no que la deseara.

– Te dije que conocía muchas cosas sobre ti – dijo con una sonrisa.

Ella negó con la cabeza.

– No me refería a complacernos sexualmente, y lo sabes.

– Corrígeme si me equivoco, pero ¿eso no es una parte importante del matrimonio? – preguntó él, sin dejar de sonreír.

– Quizá para un hombre, pero una mujer necesita algo más que buen sexo en una relación – insistió ella –. Yo necesito algo más.

Él arqueó una ceja.

– ¿Te importaría contármelo?

Ella lo miró un momento.

– ¿Te das cuenta de que nunca hemos pasado juntos más de unas horas seguidas? Puede que te conozca íntimamente en la cama, pero no conozco nada más

de ti. No sé qué te gusta leer, qué tipo de películas prefieres o cuál es tu color favorito.

Él frunció el ceño.

—No veo cómo esas cosas pueden mantener o romper un matrimonio.

Melissa se liberó de su abrazo y se levantó.

—¿No te das cuenta? Ésas son las cosas que hay que saber de la persona con la que vas a comprometerte a pasar el resto de la vida —suspiró—. Yo ni siquiera sé si roncas o en qué lado de la cama duermes.

—¿Me estás diciendo que si ronco o no es más importante que una vida amorosa gratificante? —preguntó Shane, riéndose.

—¿Quieres dejar de bromear, Shane? Estoy tratando de explicarte en qué consiste una relación de compromiso.

Él sabía perfectamente a qué se refería Lissa. Le pediría más de lo que él podía ofrecer sin sentirse incómodo. Nunca había compartido detalles importantes de sí mismo con nadie, y tampoco le apetecía hacerlo.

Por desgracia, si él quería que ella aceptara su plan tendría que ofrecerle algo que ella consideraba relevante.

—Novelas que no sean de ficción, películas de acción, el rojo y a la izquierda.

Ella lo miró confusa.

—Me gusta el rojo y prefiero el centro de la cama pero, si tengo que elegir, la izquierda —sonrió—. Y en cuanto a lo de roncar, puedes decírmelo mañana por la mañana.

—Ésas son cosas que está bien saber —dijo ella—. Pero son solo la punta del iceberg.

Antes de que Melissa se adentrara en temas en los que él prefería no entrar, decidió empezar a preguntar.

—¿Y tú? ¿Qué cosas crees que yo debería saber sobre ti?

—A ver... Me gusta la pizza y odio las coles de Bruselas.

—¿Y quién no? —preguntó él y puso una mueca.

Ella se rio.

—Y me encantan las películas románticas.

—¿Y los caballos? —dijo, preguntándose si tendrían eso en común—. ¿Te gusta montar?

—Hace algunos años que no monto, pero me gustaba ir a las rutas que se organizaban en Jarrod Ridge. Incluso tenía un caballo favorito que se llamaba *Smoky Joe* y siempre lo montaba.

Shane se puso de pie y la abrazó.

—No recuerdo que vinieras a ninguna de las rutas en las que yo iba de guía.

Melissa lo abrazó por la cintura y lo miró.

—Porque era demasiado pequeña. Cuando tú tenías dieciocho y trabajabas de guía, yo tenía once.

—Espera un momento —dijo él, frunciendo el ceño—. ¿No me dijiste que trabajabas en el complejo al mismo tiempo que yo?

—Sí, pero por supuesto no estaba contratada. Empecé haciendo cosas sencillas, como llevar recados de un despacho a otro. Eso era cuando tenía ocho años.

—Ya, antes de que hubiera mensajes de texto y correo electrónico.

—A los diez años ayudaba a los clientes a encontrar su alojamiento en el complejo. A los dieciséis empecé a trabajar en la recepción.

Shane no estaba en contra de que los niños realizaran algunas tareas. Su padre también le había hecho limpiar los establos y dar de comer a los caballos cuando era pequeño. Pero parecía que Donald Jarrod hacía que sus hijos desempeñaran algo más que tareas sencillas.

—¿Y de quién fue la idea de que comenzaras a trabajar tan pronto?

—Mi padre quería que todos conociéramos bien el negocio. Supongo que pensaba que, si empezábamos a trabajar en él desde pequeños, aprenderíamos por qué Jarrod Ridge es el mejor complejo de Aspen.

Por el tono de voz, él se percató de que estaban hablando de un tema delicado.

—¿Crees que podrías salir a montar mañana? —preguntó él, para cambiar de tema—. Me gustaría enseñarte el resto del rancho, pero si crees que puede perjudicar al bebé, podemos esperar —añadió.

—Me encantaría. Estoy casi segura de que no pasa nada. Tengo una amiga en California que montó a caballo hasta los seis meses de embarazo y todo salió bien.

—Estupendo —la besó en la frente—. Si crees que lo que has visto del rancho desde lo alto de la montaña es bonito, te encantará conocer las cataratas de Rainbow.

—¿Hay cascadas en el rancho?

—Sí.

—Me encantan las cascadas. Son muy relajantes. En el spa tenemos el sonido de una cascada para ambientar la sala de masajes.

—Tendremos que madrugar. Tardaremos varias horas en llegar debido al terreno, pero merece la pena —por algún motivo que no llegaba a comprender, quería que la excursión fuera especial—. Podemos preparar unos sándwiches y comer junto a las cascadas.

—Me parece maravilloso, Shane —se cubrió la boca con la mano para disimular un bostezo—. No puedo esperar.

—Me temo que tendrás que hacerlo —se rio él—. Aparte de que es de noche, te quedarías dormida en la silla de montar antes de salir.

– Tienes razón – bostezó ella –. Durante los últimos días estoy muerta de sueño.

– ¿Es por el embarazo?

– Supongo que sí – dijo, apoyando la cabeza contra su pecho.

Shane la abrazó con fuerza y la besó en los labios. Después, dio un paso atrás y se volvió hacia la encimera.

– ¿Por qué no vas al salón y pones los pies en alto mientras yo recojo y meto los platos en el lavavajillas?

– ¿No te puedo ayudar? – preguntó con tono de cansada.

– No, de verdad. No tardaré – enjuagó los platos y comenzó a guardarlos en el lavavajillas –. Aunque sí hay una cosa que puedes hacer por mí.

– ¿El qué?

– Poner el canal deportivo y tratar de enterarte de quién ganó el partido entre los Rockies y los Cardinals.

– ¿Te gusta el béisbol?

Él la miró por encima del hombro y sonrió.

– Me gusta el béisbol, pero este partido es especial. He hecho una apuesta con Cactus y me gustaría saber quién ha ganado. Él cree que los Cardinals ganarán a los Rockies y yo digo que no.

Riéndose, ella negó con la cabeza y se dirigió al salón.

– Los hombres y los deportes.

Mientras encendía el lavavajillas, él no pudo evitar pensar en lo rápido que habían cambiado sus planes. Cuando se le ocurrió pasar el fin de semana con Lissa el rancho, pensaba que pasarían la mayor parte del tiempo en su habitación. Pero todo había cambiado cuando ella le dijo que estaba embarazada.

En esos momentos, su prioridad era convencerla de que le dejara hacer lo correcto para ella y su bebé. Limpió la encimera, apagó la luz de la cocina y se dirigió al salón.

Tenía tres días para intentar convencerla de que dijera que sí. Y teniendo en cuenta el razonamiento que había hecho ella sobre que no se conocían lo suficiente, era probable que no le resultara fácil.

Sonriendo mientras avanzaba por el pasillo, decidió que estaba preparado para enfrentarse al reto.

Por principios personales, debía convertirla en su esposa y ayudarla a criar a su hijo. Y sabía sin ninguna duda que ella habría aceptado antes de llevarla de nuevo a Aspen.

## Capítulo Cinco

Cuando Shane apagó el televisor, Melissa preguntó:

—¿Cuánto dinero le has ganado a tu guardés?

—Nada. Si hubiera ganado él, yo tendría que cocinar durante el próximo mes —se rio—. Pero puesto que ha perdido, el viejo va a tener que mantener la entrada limpia de nieve hasta la primavera.

—¿Cuántos años tiene Cactus? —preguntó ella, confiando en que fuera más joven de lo que Shane lo hacía parecer.

—No estoy seguro —dijo él, mientras se levantaba del sofá y le daba la mano—. Es un poco sensible con lo de la edad, pero creo que al menos tiene setenta y, probablemente, alguno más.

—¿Es tan mayor y vas a hacer que pase frío limpiando la nieve? —preguntó ella, permitiendo que la ayudara a ponerse en pie. No le gustaba la idea de que Shane se aprovechara de aquel hombre mayor—. Dime que vas a apiadarte de él y perdonarle esa estúpida apuesta.

—Ni lo pienses —dijo él, sonriendo—. No me da ninguna lástima. Estará en un tractor con calefacción y un CD con el que podrá poner la música a todo volumen. Conociendo a Cactus, también tendrá un termo con café irlandés para hacerle compañía.

—Hablas como si todo fueran ventajas.

Shane asintió mientras subían por las escaleras.

—Todos los otoños pasamos por esto. Siempre se le ocurre una apuesta que sabe que no puede ganar para tener que hacer algo que le gusta.

—Entonces, ¿por qué no se ofrece para hacer el trabajo de forma voluntaria?

—Porque así no es como funciona —le explicó—. Cuando la artritis empezó a impedirle realizar ciertas tareas del rancho, yo sabía que él no quería marcharse. El rancho ha sido su casa desde que yo recuerdo. Entonces, yo empecé a quejarme de que necesitaba a alguien que cocinara y se ocupara de la casa —sonrió Shane—. En realidad, no necesitaba a nadie para hacerlo, y él lo sabía. Y tampoco iba a venir a pedirme el trabajo.

—¿Y así empezaron las apuestas? —dijo ella.

Shane asintió.

—Me apostó a que yo no era capaz de ensillar el caballo antes que él. Si ganaba, tenía que comprarle un par de botas, y si ganaba yo, él realizaría las tareas de casa.

—Lo hiciste para salvar su orgullo.

—Exacto —riéndose, Shane abrió la puerta de la habitación que le había mostrado antes—. Además, con las últimas apuestas no solo consigue llevar el tractor y fingir que está haciendo alguna de las tareas del rancho, sino que también puede

refunfuñar por ello. Y si hay algo que le guste hacer más que refunfuñar, lo desconozco. Lo llamamos así porque es más irritable que un cactus.

Melissa sonrió al entrar en la habitación.

– Parece todo un personaje.

– Lo es – Shane se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos –. Puede tener muy malas pulgas, pero también tiene un gran corazón. Me aseguraré de que lo conozcas.

– Me encantaría – al ver que se quedaba quieto, como esperando algo, ella se puso en pie y lo besó en la mejilla –. Buenas noches.

Antes de que ella se separara, él la rodeó por la cintura.

– Las tendré cuando vayamos a mi dormitorio.

– No entiendo. Si querías que pasara la noche en tu dormitorio, ¿por qué dejaste mi maleta aquí?

– Pensé que preferirías tener privacidad esta tarde, para cambiarte y demás – dijo, besándola en el cuello –. No era mi intención que durmieras aquí.

Cuando le rozó la parte de detrás de la oreja con los labios, ella se estremeció.

– Ah, pensaba que...

– Que te pediría que dejaras mi cama después de hacer el amor – terminó la frase por ella –. Ni pensarlo, cariño.

No era eso lo que estaba pensando, pero era mejor que decirle que pensaba que había perdido el interés por ella al estar embarazada. Muchos hombres dejaban a una mujer en cuanto se enteraban de que se había quedado embarazada sin querer.

Al parecer, ella se había equivocado acerca de la disminución de su deseo. Suspiró. Era un ejemplo más que demostraba que no se conocían bien, por no mencionar que tenían una importante falta de comunicación.

– ¿Dónde está tu bolsa? La llevaré a mi habitación.

Melissa retrocedió y abrió un cajón de la cómoda para sacar un camisón.

– Después de vaciarla, la guardé en el armario.

Él frunció el ceño y señaló la prenda que ella tenía en la mano.

– Nunca imaginé que llevarías camisón.

– Porque siempre te ibas de mi casa antes de que me lo pusiera – soltó ella –. Y puesto que parece que te sorprende que lleve camisón, supongo que tú duermes sin ropa.

– Así es – dijo él, sonriendo –. No me gustan los impedimentos.

Ella negó con la cabeza.

– A eso era a lo que me refería antes, Shane. Si hubiésemos pasado más tiempo conociéndonos, sabríamos estas cosas.



— Nunca quisiste que me quedara a pasar la noche contigo porque tenías miedo de que alguien del complejo lo descubriera y comenzaran los rumores — dijo él.

Ella no podía discutirse. Había insistido en que se marchara de Willow Lodge cada noche después de hacer el amor.

— Pero eso es agua pasada — dijo él, encogiéndose de hombros.

Ella asintió.

— Supongo que tienes razón.

Él la rodeó por los hombros y la guio por el pasillo.

— Mañana te ayudaré a cambiar tus cosas antes de marcharnos. Ahora, hay que acostarse. Tenemos que levantarnos temprano si queremos llegar a comer en las cascadas.

Cuando entraron en el dormitorio y él encendió la lámpara de la mesilla de noche, Melissa miró a su alrededor. Se podía aprender mucho del espacio personal de alguien.

Una cama de matrimonio presidía la habitación. La colcha tenía motivos de los indios americanos y los colores de las cortinas contrastaban perfectamente con las paredes de madera oscura.

Una simple mirada a la habitación bastaba para saber que él era un hombre parecido a la tierra que amaba, duro y un poco salvaje. El tipo de hombre que resultaba peligroso para la paz mental de una mujer. El tipo de hombre que resultaba irresistible para las mujeres.

— ¿Hace cuánto tiempo que tu familia tiene este rancho? — preguntó ella.

— Más de ciento veinticinco años — se desabrochó la camisa —. ¿Tu familia no tiene Jarrod Ridge desde hace tanto tiempo?

Deslumbrada por su torso musculoso, ella tardó un momento en contestar.

— Sí, el tatarabuelo de mi padre fue el que lo montó y, desde entonces, las siguientes generaciones han ido ampliando el negocio.

— ¿Y qué crees que tu generación aportará al complejo? — preguntó él, quitándose el cinturón para desabrocharse el pantalón.

— No lo sé — dijo ella, demasiado concentrada en ver cómo se desnudaba como para preocuparse de qué pasaría en Jarrod Ridge.

Cuando se quitó los pantalones, ella notó que se le detenía el corazón un instante. Lo había visto desnudarse muchas veces. E incluso lo había ayudado en alguna ocasión, pero cada vez que veía su cuerpo desnudo se le cortaba la respiración.

— ¿No vas a cambiarte? — preguntó él, llevando las manos a la cinturilla de sus calzoncillos.

O bien no sabía el efecto que tenía sobre ella o intentaba volverla loca a propósito. Melissa sospechaba que era lo segundo.

De pronto, sintiendo muchas ganas de llorar, Melissa se quitó la ropa de prisa y se puso el camisón. Se metió en el lado derecho de la cama y cerró los ojos. Estaba en el rancho de Shane, en su cama y embarazada de él. Eran demasiadas cosas para asimilar.

Abrumada por los eventos del día y completamente agotada, no pudo evitar que una lágrima escapara de sus ojos. La secó con el dorso de la mano y se tumbó de lado confiando en que él no se hubiera percatado.

—Lissa, ¿estás llorando?

—No.

Shane se tumbó a su lado, la rodeó con los brazos y la volvió para mirarla.

—¿Qué ocurre, cariño? ¿Por qué lloras? Su tono de preocupación y la sensación de protección que le ofrecía provocaron que rompiera a llorar y no pudiera parar.

—No sé por qué me ha pasado —dijo ella, cuando por fin recuperó el habla. No había estado tan avergonzada en su vida.

—Creo que yo sí —dijo él, mientras le acariciaba el cabello para tranquilizarla—. Has tenido un día muy duro y estás tan cansada que ni siquiera puedes mantener los ojos abiertos.

—Supongo que tienes razón. Creo que posiblemente hoy haya sido el día más duro que he tenido nunca.

Shane apagó la lámpara de la mesilla y acurrucó a Melissa contra su cuerpo para besarla con tanta ternura que provocó que se le saltaran las lágrimas otra vez.

—Intenta dormir un poco, cariño. Todo va a salir bien. Te lo aseguro.

Demasiado cansada como para pensar en todo lo que había sucedido desde su regreso a Aspen dos meses antes para la lectura del testamento de su padre, Melissa se acurrucó contra Shane y cerró los ojos. Quizá con la luz de la mañana viera las cosas de otra manera. Quizá al día siguiente pudiera asimilar que su vida había quedado completamente fuera de control y que no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

## Capítulo Seis

Cuando Shane sacó al caballo del establo, sonrió:

—¿Te suena este caballo?

Los ojos azules de Lissa brillaron con emoción.

—Se parece mucho a *Smoky Joe*.

—Eso es porque es su hermano pequeño —dijo él, entregándole las riendas. Shane lo había elegido para ella puesto que sabía que *Smoky* era su favorito en Jarrod Ridge.

—Gracias —dijo ella, mientras acariciaba al animal—. ¿Cómo se llama?

—Está registrado como *Smoke Storm*, pero nosotros lo llamamos *Stormy* —entró al establo a recoger una silla de montar y una manta y cuando regresó colocó la silla sobre la valla. Después, mientras colocaba la manta sobre el animal, añadió—: No te preocupes, a pesar de su nombre no tiene nada de tormentoso —agarró la silla y la montó sobre la manta—. He visto gatitos con más carácter que este animal.

Lissa sonrió y acarició con suavidad el cuello del caballo.

—*Smoky Joe* también era así. Podías hacer casi cualquier cosa con él.

Shane asintió.

—Por eso cruzamos a la misma yegua con el mismo semental varias veces. Todos los potros salían con buen carácter y eran perfectos para la gente que no está acostumbrada a montar demasiado.

—En otras palabras, perfectos para los clientes inexpertos de Jarrod Ridge.

—Ésa era la idea —Shane colocó la silla en su semental—. ¿Necesitas ayuda? —preguntó volviéndose para ver si ella necesitaba ayuda para montar.

—Creo que puedo sola —dijo Lissa, y metió el pie en el estribo.

Él se colocó detrás de ella por si tenía problemas y, al ver cómo el trasero de Lissa pasaba por delante de su cara, se le entrecortó la respiración.

Estar toda la noche abrazado a ella y despertarse a su lado sin haberle hecho el amor en toda la noche había ido una prueba de autocontrol. Pero Lissa no necesitaba que la deseara. Necesitaba su apoyo y él estaba dispuesto a ofrecérselo.

Agotada física y emocionalmente, ella había tratado de dar la impresión de que se encontraba bien. Él sabía que no era cierto y después de abrazarla, ella había bajado la guardia y aceptado el apoyo que él le había prometido. Pero no sin un coste considerable para su bienestar.

Con sus cuerpos entrelazados, él había pasado toda la noche excitado. Y por si fuera poco, despertó con una de las piernas de Lissa sobre su entrepierna.

No le había quedado más remedio que darse una buena ducha de agua fría.

Por desgracia, no estaba seguro de cuánto tiempo podría seguir actuando como si fuera un caballero sin volverse completamente loco.

—Shane, vuelve, por favor —dijo Lissa, haciendo que volviera a la realidad.

—Uy, lo siento —murmuró él. No podía contarle que estaba pensando en cómo deseaba hacerle el amor—. Hay un par de caminos para llegar a las cascadas y estaba tratando de pensar cuál sería el más rápido —mintió. Solo había un camino pero ella no lo sabía y él no estaba dispuesto a admitir que estaba fantaseando con hacer el amor con ella hasta el agotamiento.

—¿Cómo están de lejos las cataratas de Rainbow? —preguntó Lissa cuando él se montó en el caballo y salieron del picadero.

—En línea recta solo hay unos cinco kilómetros, pero puesto que hay que rodear terreno muy escarpado y seguir el curso del río, se tarda unas horas.

—Ojalá hubiera sabido que íbamos a hacer esta excursión antes de salir de casa. Habría traído mi cámara. Estoy segura de que el paisaje va a ser maravilloso.

Él decidió no recordarle que cuando se convirtiera en su esposa, podría sacar todas las fotos que quisiera del rancho. Pero no era idiota. Si se lo recordaba, lo más probable era que se pusiera a la defensiva.

Y era lo último que deseaba. Su plan contaba con el elemento sorpresa. Cuando le hiciera la propuesta, ella aceptaría enseguida.

—Shane, esto es impresionante —comentó Melissa mientras avanzaban por la cresta de la montaña.

—No es un buen lugar para que pasten los caballos, pero me gusta acampar aquí de vez en cuando.

—Me encanta acampar —dijo ella, recordando lo bien que lo había pasado cuando su padre le permitió que fuera a algunas de las salidas nocturnas a caballo con algunos clientes del hotel.

Le había costado bastante esfuerzo y varias discusiones convencer a su padre de que ella podría atender cualquier incidencia que tuvieran los clientes del complejo. Al final, él había aceptado pero dejando bien claro que ella seguía trabajando para el complejo y que simplemente no era una actividad de ocio.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Shane por encima del hombro.

Volviendo al presente, ella se centró en el hombre que tenía delante.

—Nada. ¿Por qué lo preguntas?

Shane detuvo al caballo y se volvió.

—He visto caras más felices en delincuentes condenados.

—Me daba el sol en los ojos —dijo ella, confiando en que dejara el tema.

—Si tú lo dices... —por suerte, no insistió más.

Ella no quería hablar de lo exigente que Donald Jarrod había sido con sus hijos. Era algo que había tratado de olvidar y no quería arruinar un día tan bonito

pensando en su infancia. Además, no conocía tan bien a Shane como para compartir los problemas de una familia que, hasta la muerte de su padre y el consiguiente descubrimiento de su hermana ilegítima, tenía una excelente reputación.

Avanzaron en silencio durante algún tiempo antes de que él señalara el río.

— En cuanto doblemos esta curva, verás las cascadas a la derecha.

Montando uno al lado del otro, Melissa se fijó en Shane. Era un jinete experto y manejaba al semental con facilidad. A ella le encantaba mirarlo. Parecía un hombre un poco salvaje, posiblemente peligroso y completamente delicioso.

Se estremeció y se esforzó por recordar que desear a aquel hombre no la ayudaría a recuperar el control de su vida. No solo se había quedado embarazada por culpa del deseo, sino que la atracción física que sentía por él podía convertirse en algo mucho más profundo que podía provocarle mucho sufrimiento.

Por muy atractivo y encantador que fuera Shane, no era el tipo de hombre adecuado para ella. Tenía fama de mujeriego y de ir dejando corazones rotos a su paso. Dadas las circunstancias en que se encontraban, ésa era una complicación de la que podía prescindir.

Él había dejado claro desde un principio que no estaba buscando una relación seria. Ni ella tampoco. Melissa tenía su negocio en California y era posible que regresara allí cuando terminara el año necesario para cobrar la herencia. Había pensado que era mejor no buscar una relación seria hasta que hubiera decidido qué iba a hacer. Después de ver por lo que habían pasado algunas de sus amigas cuando decidieron mantener una relación a larga distancia, había decidido que eso no era para ella. Era difícil que la cosa saliera bien y el dolor que acompañaba a la ruptura era algo que deseaba evitar.

Además, no se había tomado en serio la propuesta de Shane. Por eso había rechazado de inmediato la sugerencia de que debían casarse. Seguramente era producto de una reacción impulsiva como consecuencia de la sorpresa que le había causado la noticia, y en cuanto tuviera tiempo para reflexionar entraría en razón. Incluso se sentiría aliviado por el hecho de que ella lo hubiese rechazado.

El sonido del agua provocó que Melissa levantara la vista y descubriera que ya habían llegado a las cascadas de Rainbow. Era tal y como le había dicho Shane, y mucho más.

El agua caía desde mucha altura sobre unas grandes rocas para formar el río que atravesaba el valle. Lo que más llamó su atención fue el arcoíris que se formaba por el reflejo del sol sobre el agua.

— Es maravilloso — dijo ella.

— Estaba seguro de que te gustaría.

Detuvieron los caballos junto a la orilla del río y se bajaron. Tan pronto como se apoyó en el suelo, Melissa sintió que sus piernas parecían de mantequilla.

Al ver que se tambaleaba, Shane se acercó para sujetarla.

— ¿Estás bien?

Asintiendo, ella intentó dar otro paso.

– Debería montar más a menudo. Quizá así estaría en mejor forma.

Shane la tomó entre los brazos.

– Creo que estás en muy buena forma, cariño – se rio –. Debes de estarlo para poder retorcerte como un lazo de Navidad en clase de yoga.

– En yoga hacemos muchos estiramientos y relajación – sonrió –. Montar a caballo requiere tensar los músculos de los muslos para poder mantener el equilibrio.

– Cuando te sujetas a mí no parece que tengas la musculatura débil – dijo él, besándola en el cuello.

Antes de que Melissa reaccionara ante sus palabras, él la besó en la boca provocando que olvidara todo lo que había pensado sobre la conveniencia de desear a aquel hombre.

Cuando él introdujo la lengua en su boca, ella lo abrazó por la cintura con fuerza para contener el deseo que la invadía por dentro.

Pero cuando Shane le levantó la camiseta para acariciarle el abdomen, ella sintió una brisa húmeda y helada. El aire desplazaba el agua pulverizada de la cascada y se estaban mojando.

Shane reaccionó con rapidez para alejarse una pizca, pero el hechizo ya se había roto. ¿En qué diablos había estado pensando?

Ni siquiera habían tomado ninguna decisión sobre el embarazo y su relación. Pronto comenzaría a notarse y la gente empezaría a hacer preguntas. Ella quería tener respuestas para cuando lo hicieran.

Por desgracia, siempre que Shane la abrazaba y la besaba le pasaba lo mismo. El sentido común pasaba a segundo plano y la pasión y el deseo se apoderaban de ella.

– Creo que sería mejor que sacáramos los sándwiches – dijo ella –. Empiezo a tener hambre.

Él esbozó una sonrisa.

– Si te soy sincero, Lissa, yo también estoy hambriento. Pero no de comida.

Tratando de ignorar la excitación que le provocaba su comentario, se acercó al caballo y empezó a desempaquetar una de las alforjas.

– Eres incorregible, Shane McDermott.

Él se rio mientras extendía la manta de picnic.

– Más bien insaciable, cariño.

– Puede ser, pero haz lo posible por contenerte – dijo ella, sonriendo mientras llevaba la comida a la manta.

Arrodillada sobre la tela, evitó su intensa mirada y abrió dos botellas de zumo de manzana. Si lo miraba, había muchas posibilidades de que abandonara su decisión y era algo que no podía permitir que pasara.

– Tenemos cosas de que hablar y decisiones que tomar – dijo ella, bebiendo un sorbo.

Shane se puso serio y se sentó a su lado.

– Vamos a dejar ese tema de momento. Mañana tendremos mucho tiempo para hacer planes – sonrió y agarró un sándwich –. Hoy necesitas relajarte y recuperarte. Ayer fue un día muy duro para ti.

– Puede que tengas razón.

– Sé que la tengo – dijo él.

Ella decidió seguir su consejo. Al día siguiente tendrían mucho tiempo para decidir qué hacer con la aventura desenfadada que se había convertido en un asunto muy serio.

## Capítulo Siete

Las primeras sombras del atardecer se extendían sobre el valle cuando Shane y Lissa entraron en el rancho.

—Estaba pensando que cenar delante del televisor puede ser una buena idea — dijo él, guiando a los caballos hasta el establo—. Podemos ver una película de la televisión por satélite o algún DVD —le quitó la silla al semental y después hizo lo mismo con el caballo de Lissa—. Aunque te advierto que no tengo demasiadas películas románticas en mi colección.

—¿Por qué no me sorprende? —dijo ella, riéndose—. He de admitir que lo de no hacer nada suena bien. Y no me importa que elijas tú. Probablemente me quede dormida en cuanto empiece.

—¿Por qué no vas a la casa y te das una ducha? Solo tardaré unos minutos en dar de comer a los caballos.

Sin esperar su respuesta, llevó a *Stormy* hasta su compartimento y comenzó a ponerles el agua y la comida. Cuando se volvió, se sorprendió al ver que Lissa estaba sentada en una bala de paja, esperándolo junto al cuarto de arreos.

—Creía que ibas a darte una ducha —dijo, acercándose a ella.

—Pensé que podíamos regresar juntos a la casa.

Shane se sentó y la levantó para acomodarla sobre su regazo. Ella le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Todavía te flaquean las piernas de tanto montar?

—Un poco. Pero no tanto como la primera vez que me bajé del caballo. Gracias por el día de hoy. Me ha encantado ver el rancho y conocer las cascadas. Es muy bonito.

Su cálida respiración y el calor de su cuerpo provocaron que Shane se excitara de inmediato.

—Me alegro de que lo disfrutaras —dijo él.

—He estado pensando, Shane.

—¿Sobre qué? —preguntó después de oír sus palabras.

—Es probable que este fin de semana sea el último que nos veamos.

Hablaba tan bajito que Shane no estaba seguro de haber oído bien. Pero un cubo de agua fría no habría sido más eficaz para bajarle la libido.

—¿Quieres explicarte? ¿Qué quieres decir con eso?

Ella suspiró.

—Jarrod Ridge es un complejo orientado a un público familiar. Algunos de los inversores más viejos no aprobarán que hayamos tenido una aventura.



— ¿Qué crees que pasará cuando descubran que te has quedado embarazada sin estar casada? — soltó él. En su opinión, se tomarían mejor la noticia si el padre de la criatura permaneciera a su lado.

— También he pensado en ello. Espero que no se enteren.

Él se estremeció. No estaría hablando de...

— Tendré que hablar con Christian Hanford, mi abogado, para ver si hay alguna manera de evitar que pierda mi herencia si regreso a California. Si tengo al bebé allí evitaremos los rumores en el complejo — dijo Melissa —. Mi familia y la tuya serán las únicas que sepan que he tenido un hijo. Sé que mantendrán el secreto para no perjudicar nuestros negocios.

¿Por qué le importaba tanto la opinión de los demás? Y por qué toda la familia protegía la reputación de Jarrod Ridge como si fuera más valiosa que el oro de Fort Knox?

— ¿Por qué diablos proteges el complejo por encima de todo lo demás, Lissa? — preguntó él.

Ella lo miró sorprendida.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Por qué te da tanto miedo lo que la gente pueda decir o pensar?

Shane sabía que estaba pisando terreno peligroso, pero tenía la sensación de que a Melissa le habían inculcado de pequeña que las apariencias eran muy importantes y que la fama del complejo era lo prioritario.

Incluso aunque eso significara sacrificar la felicidad personal.

Ella se puso tensa y él supo que le había tocado la fibra sensible.

— La muerte de mi padre ya provocó demasiado revuelo. Jarrod Ridge no necesita problemas entre la gente que tiene un interés personal en su éxito — insistió ella —. Necesitamos sus fondos para hacer más eventos en el complejo.

Shane vio que ella estaba evitando contestar su pregunta y decidió dejarlo pasar. Pero tarde o temprano tendría que dejar de darle prioridad al complejo frente a sus deseos y necesidades. Y si era él quien tenía que hacérselo ver, lo haría.

— Yo soy uno de los inversores y me importa un comino lo que piense la mayoría de esos viejos.

La abrazó y se preguntó qué clase de infancia había tenido. Si haber empezado a trabajar a los ocho años y estar constantemente preocupada por los rumores era un indicativo, debía de haber sido horrible.

— Pero ahora no vamos a hablar de nada de eso — dijo él, decidido a cambiar de tema —. Esta tarde acordamos que mañana hablaríamos de todo esto. Y lo cumpliremos.

La besó para impedir la posibilidad de que quisiera replicar su decisión. Al principio, ella se resistió una pizca pero él sintió que se relajaba cuando le acarició los labios con la lengua. Su cuerpo reaccionó como reaccionaba cada vez que la tenía

entre sus brazos. Cuando sus lenguas se rozaron y ella gimió, Shane supo que estaba igual de excitada que él.

Al recordar que estaban sentados sobre una bala de paja, Shane se amonestó por haber empezado algo que no podría terminar hasta que llegaran a la casa.

—Creo que es hora de darnos una ducha caliente —dijo él, poniendo a Lissa en pie.

—¿Darnos? —preguntó ella mientras salían del establo agarrados de la mano.

Él puso una pícaro sonrisa.

—He decidido que ya es hora de que el rancho sea un lugar ecológico. Si nos duchamos juntos ahorraremos agua.

Cuando llegaron a la casa, Shane se quitó las botas y guio a Melissa por las escaleras. A pesar de que sabía que no era la mejor opción, ella lo siguió hasta el baño principal.

Estaba decidida a no pensar sobre que aquel fin de semana sería el fin de su aventura y en lo sola que se sentiría cuando todo terminara. Quizá no fuera inteligente por su parte, pero quería guardar el recuerdo de sus caricias y de su manera de hacer el amor. Lo necesitaría para las noches solitarias que llegarían cuando dejaran de verse.

—¿Te das cuenta de que vas demasiado vestida para darte una ducha? —dijo él, al cerrar la puerta.

—Podría decir lo mismo de ti, vaquero.

—¿De veras? —comenzó a desabrocharse la camisa—. Eso puedo remediarlo.

—No —ella se acercó para quitarle el sombrero y después le agarró las manos—. Deja que yo me ocupe de ti.

Le desabrochó el primer botón y lo besó en el cuello.

—No era tan difícil —dijo ella, acariciándole la piel antes de desabrocharle el siguiente—. Y éste tampoco.

Shane tensó los abdominales cuando ella continuó con el siguiente. Ella sonrió y lo besó en el torso.

—Creo que empiezo a pillarle el truco.

—Oh, yo diría que te has vuelto toda una experta.

Melissa le sacó la camisa de la cinturilla de los pantalones y le retiró la prenda de los brazos.

Al ver su torso escultural, le acarició el vientre con un dedo, siguiendo la línea de vello que iba desde el ombligo hasta la cinturilla de sus vaqueros. Él suspiró y dijo:

– Has tenido un buen comienzo, cariño. No te detengas ahora.

– No era mi intención –le desabrochó el cinturón–. Me enseñaron a no abandonar un trabajo hasta que estuviera acabado –le desabrochó el botón de los pantalones–. Y a asegurarme de que lo hacía de la mejor manera posible.

Despacio, le bajó la cremallera. Cuando terminó, Melissa no estaba segura de cuál de los dos tenía más problemas para respirar.

– Oh, cielos, Shane –bromeó, acariciándolo por encima de la tela de la ropa interior–. Parece que tienes un pequeño problema.

Él se sobresaltó como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

– El problema me lo has provocado tú. ¿Qué vas a hacer al respecto? – preguntó apretando los dientes.

– ¿Qué sugieres que haga?

– Que termines lo que empezaste.

Sonriendo, ella le bajó despacio los calzoncillos y se tomó un instante para apreciar su perfección. Todo su cuerpo reaccionó al ver la belleza de su cuerpo masculino y su potente erección.

– Me encanta tu cuerpo –murmuró ella.

– Está hecho para el tuyo, cariño –le levantó la camiseta y sonrió al ver que se le ponía la piel de gallina–. Puesto que has sido tan amable y me has ayudado, creo que es justo que te devuelva el favor.

– Estoy de acuerdo –dijo ella.

Shane le retiró la ropa y la dejó en un montón en el suelo del baño. Cuando terminó con la última prenda, dio un paso atrás y la miró.

– Eres preciosa, Lissa –la abrazó.

Al sentir su miembro masculino contra su piel, una oleada de deseo la invadió por dentro.

– Creo que será mejor que nos duchemos ahora que todavía tenemos fuerzas – dijo él.

Ella esperó hasta que ajustó la temperatura del agua y se metió bajo el chorro. Shane se metió en la ducha y agarró un bote de champú. Cuando comenzó a masajearle la cabeza con las manos, Melissa no fue capaz de recordar nada más sensual que aquel momento.

En silencio, le enjuagó el cabello y con una pastilla de jabón le recorrió cada parte de su cuerpo.

– Me toca –dijo ella, quitándole el jabón de la mano.

Le enjabonó el cuerpo con delicadeza, tratando de grabar en su memoria cada músculo de su cuerpo. Cuando por fin acarició su parte más íntima se percató de que Shane cerraba los ojos con fuerza y echaba la cabeza hacia atrás. Momentos después, él se ocupó de enjuagarlos a ambos y la abrazó.

Inclinó la cabeza y cuando la besó en la boca ella lo rodeó por el cuello y cerró los ojos. Él la tomó en brazos y ella le rodeó la cintura con las piernas. Sus cuerpos encajaban a la perfección y, cuando él la penetró con un solo movimiento, Melissa experimentó la sensación de estar unidos como si fueran uno solo.

Mientras el agua resbalaba sobre sus cuerpos, ellos se movían al mismo ritmo y, enseguida, ella tensó los músculos y sintió como si algo se liberara en su interior y un inmenso placer se apoderara de ella.

Casi inmediatamente, Shane alcanzó el clímax en su interior y la abrazó con fuerza.

Cuando por fin ella reunió la energía para moverse, echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos. Durante los dos últimos meses, ella había tratado de convencerse de que su relación se basaba en atracción física y que podría separarse de Shane cuando quisiera. Sin embargo, se daba cuenta de que se estaba engañando a sí misma. Desde el momento en que lo conoció en una reunión de inversores de Jarrod Ridge, no solo se sintió atraída por él físicamente, sino también por su personalidad y sentido del humor.

—Eres maravillosa —dijo él, besándola antes de dejarla en el suelo. Cerró el grifo y la ayudó a salir de la cabina antes de darle una toalla—. ¿Por qué no meto una pizza en el horno y busco algo para ver en la tele mientras tú te secas el pelo y te vistes?

—Suenas de maravilla —dijo ella.

—Te veré abajo dentro de veinte minutos —dijo él, sonriendo.

Sintiéndose más relajada que nunca desde que se había hecho la prueba de embarazo, Melissa agarró el secador de pelo y lo encendió. No quería pensar en el embarazo, ni tampoco en que dos días después ya no podría disfrutar de pasar algún tiempo con Shane. Esa noche viviría el momento y al día siguiente se enfrentaría con lo demás.

## Capítulo Ocho

—¿Cómo es tu vida en California? —preguntó Shane cuando terminó la película que había elegido.

El argumento trataba sobre una mujer que regresaba a su pueblo natal y a la vida que había dejado allí. Shane sabía cómo había sido la vida de Lissa al regresar a Aspen para la lectura del testamento de su padre. Ella tenía que quedarse un año a cargo de Tranquility Spa para poder heredar su parte de Jarrod Ridge. Pero su vida en Los Ángeles era un completo misterio para él.

—La vida en California es frenética. He vivido allí desde que empecé la universidad y pensaba que ya me habría acostumbrado al ritmo a estas alturas.

—¿Pero no es así?

—No. Todo el mundo tiene prisa por llegar a algún sitio o para hacer algo. Entonces, cuando consiguen hacer lo que pretendían, tienen prisa por hacer algo más.

—La vida apresurada puede ser agotadora —dijo él, preguntándose por qué había elegido estudiar tan lejos de casa—. Pero creo que así es la vida en la mayor parte de las ciudades.

Ella asintió y se quitó la goma de pelo que sujetaba su coleta.

—Es un poco mejor en Malibú, donde vivo ahora, pero aun así la vida va más deprisa que Aspen.

—Es una zona bonita. ¿Vives cerca de la playa?

—Tengo un apartamento no muy lejos de Malibú Pier —sonrió ella—. Me gusta vivir en la playa y Serendipity, mi spa y centro de yoga, está bastante cerca. Ésa es otra ventaja.

—¿Y quién se ocupa de todo mientras tú estás aquí? —preguntó él, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja—. Estoy seguro de que dejaste a alguien de confianza a cargo.

—Tengo dos subdirectores estupendos —sonrió ella—. Michael es muy eficiente en cuanto a coordinación y tiene unas manos mágicas para los tratamientos.

—¿De veras? —por algún motivo, solo deseaba que considerara mágicas sus manos.

—Michael calienta el aceite con las manos y después empieza a masajearte los músculos... —cerró los ojos y sonrió como si estuviera imaginando las manos de ese hombre sobre su cuerpo—. Es una delicia.

Shane sintió que la rabia lo invadía por dentro y no sabía muy bien por qué. Quizá tuviera que ver con el hecho de que Lissa parecía disfrutar que aquel hombre la tocara. O incluso por la idea de que Lissa hubiera estado con él en la misma habitación con tan solo una sábana sobre su cuerpo desnudo.

Shane no conseguía comprender el sentimiento de propiedad que tenía hacia ella. Era ridículo pensar que Lissa no hubiera tenido más relaciones antes de regresar a Aspen y empezar a salir con él.

– ¿Y las mujeres que trabajan para ti no son igual de buenas dando masajes?

– En cierto modo sí, son muy buenas. Pero Michael tiene más fuerza en las manos y puede dar masajes más profundos.

– ¿Cuánto tiempo lleva trabajando para ti?

– Veamos, Héctor, su pareja, y él se mudaron desde Florida al apartamento de debajo del mío hace tres años, y yo contraté a ambos poco después – dijo ella –. Tuve mucha suerte de encontrarlos antes de que los contratara otro spa. Michael es el mejor masajista que conozco, y Héctor es un experto profesor de yoga y da la mayor parte de las clases en Serendipity. Es el subdirector del centro de yoga.

Shane se tranquilizó inmediatamente al ver que ninguno de los hombres estaba interesado en Lissa. El hecho de sentirse aliviado de pronto era casi tan inquietante como la vena posesiva que había experimentado. Nunca había sido un hombre celoso y no podía imaginar por qué le había pasado.

Decidió que era el momento de cambiar de tema y preguntó:

– ¿Echas de menos no vivir cerca de la playa?

– Por supuesto – dijo ella –. Escuchar el ruido del mar es muy agradable, sobre todo cuando estoy a punto de quedarme dormida. Me gusta sentarme en la playa y ver las olas llegar a la orilla. Me recuerda lo insignificantes que son mis problemas comparados con todo lo demás.

– ¿No echas de menos los cambios de estación?

– Sí que hay cambios de estación – admitió ella –. Pero son más sutiles y no tan grandes como aquí. El otoño es bonito allí – sonrió –. Y me encanta Aspen en invierno. No hay nada como esquiar montaña abajo después de una gran nevada.

– ¿Te gusta la nieve polvo?

– Por supuesto. ¿Y a ti? ¿Te gusta esquiar?

Él puso una pícaro sonrisa.

– Me conocen por arrasar con las pistas de por aquí. También he hecho un poco de esquí de travesía.

Bostezando, ella apoyó la cabeza en el sofá.

– He echado de menos realizar deportes de invierno que podemos realizar en nuestras montañas.

– En California también se puede esquiar.

– Sí, pero tendría que conducir varias horas para llegar a las pistas – sonrió –: Me gusta tenerlas prácticamente en el jardín de mi casa.

– Entonces, ¿por qué estudiaste en California?

Shane tenía la sensación de que tenía algo que ver con querer escapar de casa y del control de Donald Jarrod. Pero ella no había querido hablar de la relación que tenía con su padre y, a juzgar por la expresión de su rostro, tampoco quería hacerlo en ese momento.

—Era joven y quería independizarme —bostezó de nuevo y sonrió—. Creo que debería acostarme antes de quedarme dormida.

Él sabía que era una excusa para evitar que le hiciera más preguntas.

—Probablemente tengas razón —apagó el televisor y se puso en pie—. ¿Qué te parece si vamos arriba y comprobamos si soy bueno dando masajes?

—Pero no siento tensión en el cuello ni en los hombros —dijo ella, mientras subían por la escalera.

—Cariño, no me refería a masajearte la espalda —sonrió—. Las zonas que pensaba masajearte están en la parte delantera de tu cuerpo y son mucho más interesantes.

Shane permanecía mirando al techo mucho tiempo después de que la mujer que tenía entre sus brazos se hubiera quedado dormida. La tarde había sido perfecta y había tenido la oportunidad de ver cómo podía ser la vida cuando Lissa y él estuvieran casados.

Casados. Solo con oír la palabra debería haber salido corriendo. Dos días antes, la idea de casarse y tener hijos era algo que ni siquiera se había atrevido a plantearse. Él había presenciado el infierno que había vivido su padre cuando su madre se marchó y era más que suficiente para saber que no quería lo mismo.

Recordaba las noches que había pasado en la cama cuando era niño, escuchando a sus padres discutir acerca de lo infeliz que era ella viviendo en medio de la nada. Poco después, las súplicas que le hacía a su padre para que vendiera el rancho y se mudaran a una zona metropolitana se habían convertido en amenazas de marcharse de casa.

Entonces, un día, cuando él tenía nueve años, llegó a casa del colegio y descubrió que su madre se había marchado y que su padre estaba inconsciente después de haberse bebido una botella de *whisky*. Cactus empezó a cuidarlo y cuando por fin su padre decidió tranquilizarse después de dos meses, Shane le preguntó varias veces dónde estaba su madre y su padre simplemente le respondía con un «se ha marchado». Finalmente, Shane desistió y dejó de preguntarle.

Pero Hank McDermott nunca volvió a ser el mismo. Aparte de criar a su hijo y de inculcarle un montón de valores, era como si no le interesara nada más. Su padre apenas salía del rancho y retiró de la casa todo lo que pudiera recordarle que allí había habido una mujer.

Shane nunca había querido que una mujer tuviera tanto poder sobre él. No deseaba que un hijo suyo pudiera pasar toda la noche, despierto pensando dónde

estaría su madre y por qué no había vuelto a saber nada de ella. Pero cuando Lissa le anunció que estaba embarazada, de pronto, se decidió a hacer lo que había prometido que nunca haría: casarse.

Miró a Lissa y trató de relajarse. Mientras consiguiera mantener la perspectiva y controlar sus emociones, todo saldría bien.

Sería un buen marido y un gran padre para su hijo. Eso era lo que cualquier mujer podía pedirle a un hombre y todo lo que Shane estaba dispuesto a dar.



## Capítulo Nueve

—Ya era hora de que levantas tu maldito trasero de la cama.

Al oír el comentario del hombre, Melissa se detuvo en la puerta de la cocina. De pie junto a los fogones, vestido con unos calzoncillos largos y unas botas viejas, el hombre estaba de espaldas a ella y, al parecer, solo la había oído llegar. Ella suponía que era Cactus, el guardés. Y evidentemente, él pensaba que ella era Shane y que había bajado a desayunar.

De pronto, él se volvió y ambos se sobresaltaron.

—¡Madre mía! ¿De dónde diablos has salido?

—Usted debe de ser Cactus. Shane me ha hablado mucho de usted.

—Pues a mí no me ha contado nada de usted —tartamudeó él—. Y si lo hubiera hecho no estaría aquí de pie en calzones —se sonrojó—. Lo siento, señorita. Voy a ponerme algo más decente.

El hombre desapareció en una habitación que había junto a la cocina. Momentos más tarde, Shane se acercó a ella por detrás y la abrazó.

—¿Cómo has conseguido empezar a preparar el desayuno tan deprisa? —preguntó él, besándola en la nuca.

—No he sido yo. Parece que Cactus ha llegado a casa un poco antes de lo esperado.

Él suspiró y apoyó la cabeza en su hombro.

—Lo siento, Lissa. Debería haber imaginado que esto podría pasar. Cada vez que va a ver a su hermana acaban discutiendo y él regresa mucho antes de lo esperado.

—No pasa nada —se volvió y le sonrió—. Es probable que Cactus no conozca a nadie del complejo. Además, dudo que les contara que yo estaba aquí.

Shane la besó en la punta de la nariz.

—¿Y por qué?

—Porque sabe que yo podría contarles que lo he pillado preparando el desayuno en ropa interior —dijo ella, riéndose—. Por cómo se ha sonrojado, diría que estaba muy avergonzado.

—No te preocupes. Sobrevivirá.

—Shane, tengo que hablar contigo. ¿Por qué no me dijiste que vendría una amiga a pasar el fin de semana? —gruñó Cactus.

—No pensé que fuera importante, puesto que se suponía que no ibas a estar aquí —contestó Shane, acercándose a la cafetera—. Siéntate, Lissa. Serviré el café. Lissa, éste es Cactus Parsons, mi guardés y el hombre con más malas pulgas que conocerás nunca.

– Me alegro de conocerte, Cactus – dijo ella, sonriendo.

– Lo mismo digo.

Lissa recordó que una amiga le había contado que no se debía tomar cafeína estando embarazada.

– Gracias, pero creo que no voy a tomar café – le dijo a Shane.

Cuando Shane se sentó a su lado, Cactus preguntó:

– ¿Cómo te gustan los huevos, Lissa?

– Dile que revueltos – susurró Shane –. Es la única manera de la que sabe prepararlos.

– Te he oído y no es cierto – contestó Cactus –. Sé hacerlos con queso o con cebolla y pimienta verde.

Shane se rio.

– Pero siguen siendo revueltos.

– No importa – insistió él con su sonrisa desdentada –. Sigue siendo algo distinto que huevos revueltos sin más.

Después de haberse criado en una casa donde bromear no era costumbre, Lissa disfrutó de oír aquella conversación entre los dos hombres. Decía mucho del tipo de persona que era Shane.

No recordaba ni una sola vez en la que su padre hubiera bromeado o jugado con ella y sus hermanos. Él les recordaba constantemente que si no destacaban académicamente o se esforzaban de alguna manera para mejorar Jarrod Ridge, lo decepcionarían.

– Aquí tienes – dijo Cactus, interrumpiendo sus pensamientos y dejando un plato de huevos con beicon frente a ella.

Nada más ver la comida, Melissa sintió una fuerte náusea y miró a Shane. Por la expresión de su rostro supo que debía de tener tan mal aspecto como se sentía.

Incapaz de encontrar una excusa para levantarse de la mesa, se puso en pie y corrió por las escaleras. Apenas consiguió entrar en el baño y cerrar la puerta antes de caer de rodillas.

Nunca, en sus veintiséis años, se había sentido tan mal como en ese momento. Y por si no hubiera asimilado todavía el tema del embarazo, aquello le demostraba que era verdad.

Shane subió los escalones de dos en dos para buscar a Lissa. ¿Qué diablos le pasaba? Al levantarse estaba perfectamente bien y, de pronto, se había puesto pálida y había salido corriendo de la cocina.

Al entrar al dormitorio la oyó y se encontró con la puerta del baño cerrada con llave.

– Lissa, déjame entrar.

– Márchate, Shane – dijo ella con voz temblorosa.

– No hasta que compruebe que estás bien.

– Creo que tengo náuseas por el embarazo. Por favor, márchate y déjame morir en paz...

Sintiéndose completamente inútil, Shane respiró hondo y se sentó en el borde de la cama para esperar a que a Lissa se le pasaran las náuseas. Deseaba poder hacer algo por ella, pero estaba completamente perdido. Las yeguas no tenían náuseas y, puesto que él nunca había pensado en tener hijos, nunca se había molestado en aprender nada sobre el embarazo.

Minutos más tarde, oyó que Lissa abría la puerta del baño y, al verla, sintió que se le encogía el corazón.

Estaba completamente pálida y tenía la frente cubierta de sudor.

– Te pedí que me dejaras privacidad – dijo ella.

– Te dejé toda la que creía que necesitabas – dijo él –. ¿Las náuseas duran todo el embarazo o solo un periodo corto?

Ella se sentó a su lado y negó con la cabeza.

– Cada embarazo es diferente. Algunas mujeres las tienen durante todo el embarazo y otras ni se enteran. Mi amiga de California las tuvo durante un mes y luego le desaparecieron.

– ¿Y hay algo que pueda darte el médico para evitar que ocurran? – la rodeó con el brazo y la estrechó contra su cuerpo.

– Creo que hay una medicación pero, puesto que todavía no he ido al médico, es irrelevante – bostezó –. Quizá sería buena idea que me llevaras de regreso al complejo esta tarde.

– De ninguna manera – dijo poniéndose en pie y acompañándola al otro lado de la cama –. Allí no puede cuidar nadie de ti y no quiero que te quedes sola.

– Si necesito algo, llamaré a Erica – dijo ella, refiriéndose a la hermanastra que había descubierto que tenía.

– Ambos sabemos que no lo harás – dijo él, retirando la colcha –. Tu hermana querrá una explicación y no podrás dársela – gesticuló para que se tumbara –. Te dije que te iba a acompañar en el proceso y es exactamente lo que pienso hacer. Túmbate y descansa. Quizá te encuentres mejor cuando te despiertes.

– No vas a ser un pesado con esto, ¿verdad? – preguntó ella –. Porque si es así, yo no...

– Solo si tengo que serlo para asegurarme de que el bebé y tú estéis bien – dijo él, la cubrió con la colcha y se sentó en la cama –. Ahora, descansa, Lissa – y cuando la besó en la mejilla se percató de que ya se había quedado dormida.

La miró un instante e hizo una promesa en silencio. Pasara lo que pasara, haría todo lo que estuviera en su mano para cuidar de ella y de su hijo.

## Capítulo Diez

—¿Dónde está Cactus? —preguntó Melissa cuando bajó al piso inferior y vio a Shane sentado frente al ordenador en su despacho.

—Está jugando al póquer con un par de hombres que se han quedado el fin de semana —contestó Shane.

—¿Qué excusa le has dado por mi huida repentina?

—No me ha preguntado nada —dijo Shane, negando con la cabeza—. Murmuró algo sobre que era culpa mía que se le quemara el beicon mientras vaciaba tu plato en la basura —se encogió de hombros—. Yo no me he molestado en corregirlo —la miró—. ¿Te encuentras bien?

Al despertar, Lissa se había encontrado un plato de galletas saladas y una infusión en la mesilla de noche. También una nota de Shane diciéndole que no se levantara hasta que se lo hubiera comido todo. Al parecer, Shane había encontrado el remedio en Internet y, entre la siesta y el té, Lissa se encontraba mucho mejor.

Asintiendo, se sentó en una de las butacas de cuero que había frente a su escritorio.

—Ahora estoy bien. No estoy segura, pero creo que las náuseas solo dan por la mañana.

—Bien —se puso en pie y se acercó para sentarse a su lado—. He estado navegando por Internet en busca de información sobre el embarazo y los médicos. Si la infusión y las galletas consiguen disminuir las náuseas es mejor tomárselas y no tener que ingerir medicación. Pondré mi alarma para preparártelo antes de que te despiertes mañana.

Ella sonrió.

—Parece que has investigado mucho.

—No puedes ni imaginar cuánta información hay sobre el embarazo. Lo primero que tenemos que hacer es pedir cita con el ginecólogo para que te recete vitaminas. Después tendremos que revisar tu dieta para ver si hay que hacer algún ajuste en tu alimentación.

—Mi intención es llamar para pedir cita en cuanto me lleves a Aspen —le aseguró—. Y estoy segura de que me dirán qué comida debo evitar y cuál he de añadir a mi dieta en cuanto me vea el médico.

Él asintió y continuó hablando.

—También tenemos que...

—Ya basta, vaquero. ¿De dónde salen todos esos «tenemos»?

—Ya te lo dije, cariño. Voy a estar a tu lado en cada paso del camino —le dio la mano—. No vas a pasar por esto sola.

–Te agradezco de veras tu intención. Pero yo estaré en California y tú en Colorado.

–Eso es inaceptable. No voy a permitir que te arriesgues a perder tu herencia, Lissa.

–Y yo no puedo arriesgarme a que uno de los inversores retire alguno de los proyectos previstos para Jarrod Ridge.

Incapaz de quedarse quieta, Melissa se puso en pie y comenzó a pasear de un lado a otro. Había llegado el momento temido. Tenían que tomar decisiones que afectarían al resto de sus vidas y a la de su hijo. Esperaba de corazón que tomaran la decisión correcta.

–Hay mucha gente que depende del éxito del complejo. Jarrod Ridge es uno de los lugares que generan más empleo en Aspen. Si se cancelan eventos como el festival anual de vino y gastronomía porque no hay capital, la gente perderá su empleo.

–Nada de eso va a suceder.

Ella se volvió para mirarlo.

–Conoces a Elmer Madison y a Clara Buchanan. Son dos de los inversores más importantes de Jarrod Ridge y dos de los miembros más puritanos del grupo, por no mencionar los más influyentes. Ambos sabemos que no aprobarán que yo sea, una madre soltera y que convencerán a los otros inversores para que se lleven el dinero a otro sitio. No quiero ser responsable de...

–Lo primero que quiero es que te tranquilices. El estrés no es bueno para ti ni para el bebé. Y lo segundo, que sepas que te estás preocupando por nada. Cuando se enteren de que vamos a casarnos, no podrán decir nada sin quedar como los criticones que son.

–Shane...

–Escúchame, Lissa – se puso en pie y se acercó para abrazarla por la cintura –. No voy a permitir que te vayas a California y tengas a tu bebé, sola.

–Empiezas a parecer un mandón –le advirtió. Nadie le había dicho lo que tenía que hacer desde que se marchó de casa y no estaba dispuesta a que Shane hiciera lo mismo que su padre había hecho.

–No soy un mandón. Intento que entres en razón –dijo con un tono más calmado–. También es mi hijo, Lissa. Puede que no hayamos planeado que te quedaras embarazada, pero eso no significa que no quiera formar parte de su vida tanto como tú.

Ella se mordió el labio inferior y dijo:

–Estoy segura de que podemos buscar la manera de equiparar el tiempo que pasa con cada uno.

—¿No te das cuenta? Si nos casamos se soluciona todo, cariño —la besó en la sien—. Tú mantendrás tu herencia, el complejo mantendrá a los inversores y nuestro hijo tendrá un padre y una madre a tiempo completo para cuidarlo.

O ya no tenía casi resistencia o lo que él decía empezaba a cobrar sentido. Ella quería disponer de su parte de Jarrod Ridge y solo podría hacerlo si se quedaba en Aspen a cargo del Tranquility Spa. Si se casaba con Shane, algunos de los inversores se quejarían de que se hubiera quedado embarazada antes del matrimonio, pero bastaría para que no retiraran su dinero.

Echó la cabeza hacia atrás y observó a Shane.

Ella siempre había deseado casarse y formar una familia, pero siempre había imaginado que lo haría por amor, y no para salvar la reputación y el capital del complejo.

—Te doy mi palabra de que no te arrepentirás de convertirte en mi esposa, Lissa —le prometió él—. Podemos conseguir que esto funcione. Tenemos muchas más cosas a favor que otras parejas.

—¿Ah, sí?

—Nos llevamos bien, disfrutamos de las mismas cosas, tenemos una vida sexual estupenda y un bebé en camino. En mi opinión, es un comienzo buenísimo.

—Pero sigue habiendo muchas cosas que no sabemos el uno del otro.

—Las aprenderemos —dijo él, con una sonrisa.

—¿Y cómo daremos la noticia? —dijo ella, preguntándose qué pensaría su familia.

Shane se quedó pensativo un momento.

—Puedo hacer la reserva para celebrar una cena en el Sky Lounge. Soy inversor del Jarrod Ridge y teniendo en cuenta cómo teme tu familia la posibilidad de perder inversores, estoy seguro de que tus hermanos y sus familias asistirán.

Si había algo de lo que ella estaba segura era de la fidelidad de su familia hacia los inversores del complejo. El padre de Shane, y después él mismo, habían contribuido con mucho dinero a la celebración de algunos eventos en el Jarrod Ridge. Sabía que no había forma de que sus hermanos se arriesgaran a perderlos.

—La verdad es que no se me ocurre ningún motivo por el que mi familia pudiera rechazar tu invitación.

—Bien —sonrió él—. Ahora, ¿se te ocurre algo más que debemos hacer antes de decírselo a tu familia?

—De momento, no.

—Entonces, solo queda una cosa por hacer —se arrodilló ante ella, le agarró la mano y sonrió—. Melissa Jarrod, ¿querrías hacerme el honor de convertirte en mi esposa?

Mirando a Shane, no pudo evitar preguntarse dónde se estaba metiendo.

—No puedo creer que esté a punto de contestar esto —murmuró. Cerró los ojos un instante y respiró hondo—. Sí, Shane, me casaré contigo.

## Capítulo Once

La siguiente semana, mientras aguardaba en la sala de espera de la consulta del ginecólogo, Shane se fijó en las mujeres embarazadas que había a su alrededor y no pudo evitar preguntarse qué aspecto tendría Lissa unos meses después.

Dejando la revista que tenía en la mano, se volvió para mirar a Lissa, que estaba sentada a su lado, y trató de imaginarla en un estado más avanzado.

En ese momento, la enfermera los llamó.

—Melissa y Shane, por favor. Venid, que voy a hacerte el análisis de sangre y a pesarte antes de que la doctora te haga el reconocimiento.

Cuando la enfermera terminó con la analítica, entraron en una pequeña habitación al final del pasillo donde la enfermera les hizo un historial clínico y le explicó a Lissa cómo debía prepararse para hacerse el reconocimiento.

—Creo que saben más de mí que yo —dijo Lissa cuando la enfermera salió de la habitación.

—Si te quedas con el mismo médico, tendrán toda la información guardada y la próxima vez no tardarán tanto —dijo él, y se sentó en una silla junto a la camilla donde estaba tumbada ella.

—¿La próxima vez? —preguntó ella, apoyándose en un codo.

—Bueno, supongo que querrás tener más de un hijo —dijo él, preguntándose qué diablos le estaba pasando. ¿Estaban al principio de un embarazo y ya estaban hablando del siguiente?

—Deja que termine con éste primero —contestó ella, recostándose contra la almohada—. Después hablaremos de otras opciones.

En ese momento, una mujer de mediana edad entró en la habitación.

—Soy la doctora Fowler —dijo con una sonrisa.

Durante la media hora siguiente la doctora le hizo el reconocimiento a Lissa y les contó lo que podían esperar durante el primer trimestre y resolvió sus dudas. También les dio la fecha aproximada del parto para el mes de abril y les entregó una lista de lo que debían y no debían hacer. Y les dio cita para el mes siguiente.

—Creo que tengo demasiada información —dijo Shane mientras acompañaba a Lissa hasta la camioneta. La ayudó a subir y después se sentó al volante—. ¿Qué te parece si vamos al rancho y nos relajamos hasta la cena de mañana?

—Suena bien —dijo ella, poniéndose el cinturón de seguridad—. No quiero encontrarme con nadie de mi familia hasta que les hayamos dado la noticia.

—¿Por qué no? —preguntó él, arrancando la camioneta.

—Mis hermanos puede que no se hayan dado cuenta de que esta semana me he ausentado varias veces del spa, pero sé que Erica, y la novia de mi hermano, Avery,



lo habrán notado –negó con la cabeza–. Me preguntarán por qué he cancelado la comida de hoy y no quiero mentirles.

–Comprendo –a Shane le gustaba su honestidad.

–¿Le has contado a Cactus todo esto? –preguntó ella, bostezando–. Estoy segura de que siente curiosidad.

–No, pero seguro que sabe que pasa algo.

–¿Ha preguntado?

–Ni una palabra.

–Entonces, ¿cómo sabes que sospecha que pasa algo? –estaba tan atractiva que él tuvo que hacer un esfuerzo para no parar la camioneta en mitad de la carretera y besarla de manera apasionada.

–Nunca había llevado a una mujer al rancho.

–¿Nunca?

–No.

–Por eso se sorprendió tanto de verme la otra mañana –dijo ella, con voz adormilada.

–Sí. No ha visto a una mujer en esa casa desde que mi tía y su familia se mudaron a Santa Fe.

No sabía por qué, pero nunca había tenido ganas de llevar a una mujer a su casa. Ni tampoco de enseñarles las cascadas de Rainbow. Al menos, no hasta que conoció a Lissa.

La miró y se percató de que se había quedado dormida. ¿Por qué era diferente a otras mujeres con las que había salido?

Mientras giraba en el camino que llevaba hasta el rancho, Shane decidió que era mejor no saberlo. Había preguntas que era mejor dejar sin contestar y ésa era una de ellas.

–Melissa, estás preciosa –dijo Avery Lancaster cuando Melissa y su hermano Guy llegaron a la puerta del Sky Lounge–. ¿Hay algún tratamiento facial en el spa que yo no conozca?

Abrazando a la novia de su hermano, Melissa sonrió y negó con la cabeza.

–Últimamente descanso más y como mejor.

–Pues está funcionando –dijo Avery, riéndose–. Estás radiante.

–Sí que estás diferente –dijo Guy, frunciendo el ceño.

El hecho de que su hermano se percatara de que su aspecto había cambiado fue una sorpresa. Desde que había conocido a la enóloga que tenía a su lado, no se fijaba en nada más.

Trevor, el otro hermano de Melissa, se acercó a ellos.

—¿Alguno sabe a qué se debe esta fiesta? No sabía que McDermott fuera tan sociable. Normalmente, su lista de invitados consiste en él mismo y en la mujer con la que salga en ese momento.

—¿Estás seguro de que no estás hablando de ti? —preguntó Guy, sonriendo.

Trevor se rio.

—Nunca he dicho que McDermott se equivocara al hacer eso.

—Para contestar a tu pregunta, no tengo ni idea de por qué organiza esta cena —dijo Guy, abriendo la puerta para pasar. Cuando los tres ya habían entrado, sujetó la puerta y le preguntó a Melissa—. ¿Vienes?

—En un minuto —dijo ella, mirando a su hermanastra Erica y a su novio Christian Hanford salir del ascensor.

Lo último que necesitaba era escuchar a su familia especular sobre el motivo de la cena de Shane. Ya estaba bastante nerviosa. En cuanto hicieran el anuncio de la boda y de su embarazo, podrían seguir su camino. Solo esperaba que fuera el correcto.

—Ayer te echamos de menos en la comida —dijo Erica, dándole un abrazo—. ¿Estás bien?

Sintiéndose culpable por haber evitado a su hermanastra la semana anterior, ella asintió:

—Estoy bien. Últimamente he estado ocupada con un nuevo proyecto.

A Melissa le caía muy bien su hermanastra y le daba pena que su padre no les hubiera hablado de ella. La familia se había enterado de su existencia durante la lectura del testamento de su padre, dos meses antes.

—Entremos para ver qué es lo que McDermott se está guardando en la manga —sugirió Blake, el hermano gemelo de Guy, al acercarse a ellos. Como siempre, Blake iba acompañado de su secretaria, Samantha Thompson, y Melissa se preguntó una vez más cuánto tiempo tardaría Blake en darse cuenta de lo bella que era Samantha.

Cuando los cinco entraron en el salón, Melissa vio a Shane en la puerta de una de las salas saludando a los invitados. Esa noche estaba muy atractivo vestido con traje negro y corbata. Pocos hombres estaban atractivos independientemente de lo que llevaran puesto.

—¿Dónde está Gavin? —preguntó cuando llegaron a su lado.

—Debería llegar enseguida —contestó Blake—. Cuando entrábamos en el ascensor lo vi en el recibidor hablando con un viejo amigo.

Shane se acercó hasta una mesa redonda que había en el centro de la habitación y sonrió.

—Sentaos y comenzaremos en cuanto llegue —se acercó a Melissa y le dijo—: Quiero que te sientes en una de las dos sillas que están apoyadas en la mesa.

Al ver que había dos sillas con el respaldo apoyado en la mesa, ella asintió. Se acercó al lugar y se sentó. Por la cara de Erica supo que su hermana esperaba que se sentara a su lado. Odiaba herir sus sentimientos, pero estaba segura de que su hermana lo comprendería todo cuando Shane y ella explicaran el motivo de la cena.

—Siento llegar tarde —dijo Gavin mientras se acercaba con Shane a la mesa—. Me he encontrado con uno de los chicos con los que me gradué en el instituto y me he parado a saludarlo.

Cuando el hermano de Melissa se sentó junto al resto de la familia, Shane separó la silla que estaba al lado de Melissa de la mesa pero no se sentó.

—Sé que todos os estaréis preguntando por qué os he invitado aquí esta noche —dijo él, mirando a cada uno de los asistentes con una sonrisa.

—Bueno, ahora que lo mencionas... —cuando su hermano mayor le dio un codazo, Trevor se calló para mirar a Blake.

Shane sonrió.

—No me extraña. Yo también habría sentido curiosidad, Trevor.

Melissa entrelazó los dedos sobre su regazo. Él estaba a punto de contar el secreto que habían guardado durante dos meses y, aunque sería un alivio poder vivir su relación con normalidad, solo esperaba que estuvieran haciendo lo correcto.

Sumida en sus pensamientos, se sorprendió cuando Shane la agarró de la mano para que se levantara a su lado.

—Desde que vuestra hermana regresó a Aspen hace unos meses, hemos salido juntos y nuestra relación...

—¡Lo sabía! —dijo Trevor con tono triunfal—. Cuando os vi juntos en el mes de julio, supe que algo pasaba.

—No vayas a romperte el brazo dándote palmaditas en la espalda, Trevor —dijo Gavin—. Yo también sospechaba que Melissa ocultaba algo. Pero no sabía qué era.

Cuando la gente dejó de reír, Shane rodeó a Melissa por los hombros y, mirándola a los ojos, anunció:

—Lissa y yo queríamos que fuerais los primeros en saber que vamos a casaros y os anunciamos que nuestro primer hijo nacerá en primavera.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Shane agachó la cabeza y la besó de forma apasionada, provocando que le diera vueltas la cabeza. Cuando se separaron, la sala estaba en silencio. Después, todos empezaron a hablar a la vez.

—Enhorabuena —dijo Guy, sonriendo de oreja a oreja—. Parece que mi pastelero va a estar muy ocupado durante algún tiempo haciendo tartas de boda.

—Es estupendo —dijo Trevor—. Ahora que McDermott ya no está en el mercado, no tendré tanta competencia con las mujeres.

—Me alegro mucho por ti —dijo Erica, rodeando la mesa para abrazar a Melissa.

Avery estaba justo detrás de Erica para abrazarla también.

—No sospechaba nada. No sé cómo has podido ocultar una relación tan seria como ésta —sonrió—. Creo que es maravilloso.

Mientras sus hermanos y Christian se turnaban para estrechar la mano de Shane, Melissa se fijó en que, aunque Samantha la había felicitado, estaba demasiado callada y contenida. ¿Qué le pasaría a aquella joven para estar tan apagada?

Antes de tener la oportunidad de hablar con ella y preguntarle si todo iba bien, Gavin la abrazó y le dijo:

—Te deseo toda la felicidad del mundo, hermanita.

Golpeando el vaso de cristal con un cuchillo, Blake llamó la atención de los presentes.

—Me gustaría hacer un brindis.

Uno de los hermanos había pedido una botella de champán y el camarero había servido las copas, excepto la de Melissa y la de Avery, y las había rellenado con mosto.

—Yo estoy embarazada —dijo Melissa, señalando la copa de Avery—. Pero ¿cuál es tu excusa?

Su amiga puso una mueca.

—El champán me hace estornudar.

Melissa no tuvo tiempo de contestar porque Blake levantó la copa para brindar.

—Por Melissa y Shane —sonrió—. Que tengáis una vida llena de felicidad.

Todo el mundo alzó la copa para brindar y después bebieron un sorbo de champán. Una vez sentados para cenar, la conversación derivó a los planes para expandir el negocio y a nuevos proyectos.

Melissa se mantuvo al margen de la conversación y se dedicó a observar a su familia.

Al parecer, Erica y Avery habían hecho lo mismo. Llevaban hablando desde que terminaron el postre y Melissa se preguntaba qué estarían tramando.

Con todo, la velada había salido muy bien y Melissa se sentía aliviada de que su relación con Shane hubiera salido a la luz.

Cuando la cena estaba a punto de terminar y la gente estaba recogiendo sus cosas para marcharse, Erica y Avery apartaron a Melissa a un lado.

—Vamos a quedar para comer el miércoles —dijo Avery, con brillo en la mirada.

—Queremos hacer planes para la fiesta de bienvenida del bebé —dijo Erica.

—Me encantaría, pero ¿no creéis que es un poco pronto para empezar a planear algo así? Solo estoy embarazada de dos meses.

—Nunca es pronto para planear la fiesta perfecta —dijo Avery, riéndose.

—Además, por lo que me han dicho, empezareis a estar muy ocupados en cuanto comience la temporada de esquí —dijo Erica—. Si concretamos los detalles ahora, después no tendremos que andar con prisa.

Tras fijar una hora para quedar a comer, Melissa observó marchar a su hermana y a su futura cuñada. Le encantaba tener mujeres en la familia. Después de haberse criado rodeada de hermanos, era un gran cambio.

—Creo que todo ha salido muy bien —dijo Shane, abrazándola por detrás—. Al menos, ninguno de tus hermanos me ha amenazado con agarrar la escopeta y echarme a balazos.

Ella se rio.

—Dudo que alguno de ellos tenga escopeta —mientras salían del Sky Lounge, añadió—: Me alegro de que todo se sepa y de no tener que escondernos más.

—Sí, no voy a echar de menos los paseos nocturnos desde los establos hasta Willow Lodge. Me sorprende que nadie se haya dado cuenta —la miró mientras esperaban el ascensor y sonrió—. A partir de ahora, solo tendré que darme la vuelta y apagar la luz.

—¿De veras? —preguntó ella, riéndose al ver su sonrisa pícara.

—Te lo aseguro —se inclinó para susurrarle al oído—: Y en caso de que tengas dudas, voy a demostrártelo en cuanto regresemos a la cabaña.

## Capítulo Doce

Shane abrió la puerta de Willow Lodge con la llave de Lissa y, una vez dentro, cerró la puerta y la abrazó. Comenzó a besarle el cuello y el lóbulo de la oreja.

– He deseado tenerte para mí durante toda la tarde.

– La cena se ha alargado mucho, ¿verdad? – lo rodeó por la cintura –. Gracias, Shane.

– ¿Por qué?

– Por contarles a mi familia lo de nuestra relación. Yo no estaba segura de cómo hacerlo.

– No he dicho que no hubiera ensayado una docena de discursos antes de quedarme con uno – sonrió él –. Cuando se está en una habitación llena de hombres que pueden cortarte la cabeza por haber dejado embarazada a su hermana pequeña, te entra la inspiración.

– Lo hiciste muy bien – dijo ella, quitándole la corbata. Él colocó las manos sobre sus hombros e hizo que se girara.

– Aunque este vestido te queda muy bien, creo que estarás mejor sin él.

Le bajó la cremallera despacio y respiró hondo.

– Menos mal que antes no sabía que no llevabas sujetador – dijo él, besándola en la nuca –. No habría sobrevivido a la tarde.

Cuando comenzó a retirarle el vestido de los hombros, ella apretó la tela contra su pecho y negó con la cabeza.

– ¿Por qué no enciendes la chimenea mientras me cambio?

Mientras salía de la habitación, Shane suspiró con frustración. Se quitó la chaqueta del traje y se arremangó la camisa. Encender la chimenea no estaba en su lista de prioridades para la tarde. Pero era algo que Lissa quería que hiciera y él estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por hacerla feliz y verla sonreír.

El fuego comenzaba a chisporrotear cuando se apagaron las luces del salón. Momentos más tarde, Lissa se arrodilló a su lado frente a la chimenea.

– Creo que con esto podremos acurrucarnos cómodamente junto al fuego – dijo ella, dejando un montón de almohadas y un par de mantas.

Él la miró y vio que llevaba el batín de seda negra más *sexy* que había visto nunca. Uno de los laterales se había deslizado por su hombro y él estaba convencido de que no llevaba nada de ropa debajo.

– ¿Quieres que prepare un chocolate caliente? – preguntó ella.

Shane tragó saliva y negó con la cabeza. La luz del fuego la bañaba en oro y él no recordaba haber visto nada más bello.

—Lo único que quiero es tenerte a mi lado —dijo él, y la besó—. ¿Tienes idea de lo *sexy* y deseable que estás?

—No he pensado en ello —dijo ella, jugando con el primer botón de su camisa—. He estado muy ocupada pensando en lo mucho que te mereces un buen masaje relajante.

Shane sintió que se le secaba la garganta. ¿Qué hombre en su sano juicio rechazaría que una mujer tan bella le acariciara cada parte de su cuerpo?

Sin decir palabra, se puso en pie y, mientras ella colocaba las mantas y las almohadas en el suelo frente a la chimenea, se quitó la ropa. Fue cuando él se tumbó boca abajo cuando ella se quitó el batín y agarró un bote de aceite para echar unas gotas sobre la espalda de Shane.

Al notar la mano de Lissa sobre su piel desnuda, Shane se sintió como si estuviera en el paraíso. Sus caricias lo estaban volviendo loco y la reacción de su cuerpo fue inmediata.

Cuando ella deslizó las manos por sus muslos y le dijo que se diera la vuelta, él se sentía como si la temperatura de la habitación hubiera subido varios grados. Nunca en su vida había experimentado algo tan excitante como sentir las manos de Lissa recorriendo su cuerpo.

Sus miradas se encontraron y, sin dejar de mirarlo, ella derramó un poco de aceite sobre su abdomen. Mientras le acariciaba los hombros y los pectorales, Shane ardía de deseo por abrazarla, acariciarla y excitarla tanto como ella lo estaba excitando a él.

—Basta —le dijo, agarrándola de las manos y tumbándola a su lado.

La besó y acarició sus labios con la lengua. Nunca había probado algo más dulce. Cuando él presionó para que ella separara los labios y sus lenguas se rozaron, Shane se estremeció.

Dejó de besarla y la tumbó sobre su espalda. Decidido a ofrecerle la misma deliciosa tortura que ella le había ofrecido, agarró el bote de aceite. Extendió una pequeña cantidad sobre su cuerpo y prestó especial atención a sus pechos y a sus pezones erectos. Cuando llevó la mano hasta su vientre, no estaba seguro de cuál de los dos estaba sufriendo más.

La mirada de Lissa expresaba el mismo deseo que él sentía y sus mejillas estaban sonrosadas por el calor de la pasión. Shane recordaría aquel momento durante el resto de su vida.

La evidencia de su deseo alimentó el suyo y separó las piernas de Melissa para colocarse sobre ella.

—Por favor... —murmuró ella.

—¿Qué quieres, cariño?

—A ti —lo abrazó—. Te deseo, Shane.

Él respiró hondo y la penetró. Cerró los ojos para mantener el control y se quedó completamente quieto. Deseaba que aquel momento durara, amarla despacio y en profundidad, pero cuando ella le rodeó la cadera con las piernas, Shane supo que había perdido la batalla.

Despacio, comenzó a moverse contra su cuerpo y ella se dejó llevar por el placer y acompasó el movimiento.

Demasiado pronto, él sintió que Melissa tensaba el cuerpo y lo apretaba con su musculatura más íntima. Shane sintió como si hubiera encontrado su otra mitad cuando ambos alcanzaron el éxtasis al mismo tiempo.

Melissa no pudo evitar sonreír cuando se acurrucó junto al hombre que dormía a su lado. Después de haber hecho el amor frente a la chimenea, él la había llevado al dormitorio para poseerla otra vez. Después, fiel a su palabra, se volvió para apagar la luz de la mesilla y la abrazó hasta quedarse dormido.

Mientras ella observaba su rostro atractivo, pensó en lo maravilloso que había estado durante la cena. Cuando dio la noticia de que iban a casarse y de que tendrían un bebé en primavera, parecía realmente feliz.

Melissa se cubrió el vientre con la mano. No podía creer que fuera a convertirse en madre. Siempre había deseado que llegara ese día. Acarició el rostro de Shane con un dedo. Él había sido quien había hecho posible su deseo y ella lo amaba por ello.

Desde un principio había sabido que su relación corría peligro de complicarse. Él había dejado claro que era una relación temporal y era lo que también ella había querido. Pero la atracción que sentía hacia él era demasiado fuerte y aunque había tratado de convencerse de que podría mantener el control de sus sentimientos para no enamorarse, sabía que había estado mintiéndose en todo momento.

Se había enamorado de él desde el primer día que lo vio dos meses atrás. Era el hombre más encantador que había conocido nunca y cuánto más tiempo pasaba a su lado más le gustaba.

Sintió cierta presión en el pecho y una lágrima corrió por su mejilla. Rápidamente, se la secó con el dorso de la mano. Durante los meses siguientes, tendría todo lo que siempre había deseado: se casaría con el hombre que amaba, tendría una casa en uno de los lugares más bellos del planeta y formaría la familia que tanto había anhelado.

Entonces, ¿por qué no era feliz con eso?

Melissa sabía por qué su fantasía perfecta no se convertía en realidad. Quería tenerlo todo: la casa, la familia y algo que estaba segura que Shane nunca podría darle... su amor.



## Capítulo Trece

—Parece que voy a tener que ocuparme de un par de citas —dijo Melissa mientras Rita y ella repasaban las reservas de la tarde.

—Lo siento de veras, señorita Jarrod —Rita se disculpó por décima vez—. No sé cómo he podido cometer ese error.

—Está bien, Rita. Estas cosas pasan de vez en cuando —le aseguró Melissa—. La próxima vez asegúrate de que hay vacantes a la hora que pide el cliente.

Rita comenzaba a ganar seguridad y a realizar mejor su trabajo y Melissa confiaba en que continuara así. Sabía que la mujer era madre soltera y que necesitaba el trabajo para poder vivir. Desde luego, no quería causarle más problemas teniendo que despedirla.

—¿Estás preparada? Melissa levantó la vista y vio a Avery en la entrada de la recepción del Tranquility Spa.

—¿Te importa si comemos en el Sky Lounge? —preguntó—. Solo tengo una hora libre antes de regresar.

—¿Algún problema? —preguntó Avery.

Melissa miró a Rita con una sonrisa y negó con la cabeza.

—En realidad, no. Me temo que ha habido una confusión y esta tarde tenemos muchos clientes. Parece que todos los clientes de Jarrod Ridge quieren un tratamiento antes de la cena en honor a los inversores que se celebra el fin de semana. Voy a tener que dar un par de masajes y hacer un tratamiento facial.

—¡Vaya! Estás muy ocupada —dijo Avery—. Pero a mí me viene muy bien —sonrió—. De hecho, iba a preguntarte si te parecía bien comer aquí. Quería pasar a hablar con Guy un momento después de comer.

—¿Y Erica? —preguntó Melissa agarrando su bolso—. ¿Va a reunirse con nosotras?

—La he llamado esta mañana y le he pedido que reserve una mesa junto a la ventana. Hemos quedado con ella dentro de... ¡Uy! Dentro de cinco minutos —dijo después de mirar el reloj.

—Entonces, supongo que será mejor que nos vayamos —dijo Melissa riéndose. Le encantaba la idea de haber ganado una hermana y una futura cuñada en los últimos dos meses y que las tres estuvieran convirtiéndose en grandes amigas.

Minutos más tarde salían del ascensor y entraban en el Sky Lounge.

—Sentimos llegar tarde —dijo Melissa al sentarse a la mesa que había reservado Erica.

—Puedes echarme la culpa a mí —dijo Avery, sentándose también—. Guy ha salido tarde para el restaurante porque yo... bueno, nosotros... quiero decir...

Sonriendo, Melissa y Avery pusieron el codo en la mesa y apoyaron la mano sobre la barbilla, antes de preguntar al unísono:

– ¿Sí?

– Nada, no importa – Avery se sonrojó y se cubrió la cara con el menú –. Yo voy a pedir atún.

– Te has escaqueado – dijo Melissa, riéndose mientras agarraba la carta.

Después de pedir la comida, la conversación giró en torno al bebé.

– Hasta dentro de unos meses no sabré si decorar de rosa o de azul – dijo Melissa.

– ¿Tú qué prefieres? ¿Niña o niño?

– No he pensado mucho en ello – admitió Melissa –. Pero no me importa siempre y cuando esté sano.

– Eso es lo único importante – dijo Avery.

Eligieron celebrar la fiesta de bienvenida para el bebé en febrero y también seleccionaron algunas tiendas en las que Melissa debería registrarse para hacer la lista de regalos. Cuando terminaron de comer, apenas faltaban unos minutos para que regresara al spa.

– Supongo que el sábado os veré a las dos en la cena – dijo Melissa mientras se bajaban del ascensor en la recepción.

– Christian y yo no nos la perderíamos por nada – dijo Erica.

– Y nosotros también iremos – sonrió Avery –. Probablemente no consiga sacar a Guy de la cocina. Ya sabéis como es con eso de que todos los platos sean perfectos.

– Desde que Guy se encarga de los restaurantes del hotel y trajo a Louis Leclere de cocinero, la eficiencia de los empleados de cocina ha mejorado mucho – dijo Melissa.

– Y los nuevos platos que han añadido al menú también son un éxito – comentó Erica.

Melissa miró el reloj. Solo le quedaban unos minutos para dar el primer masaje.

– Lo siento, pero tengo que irme. Os veré el sábado.

De camino al spa no paraba de darle vueltas a la pregunta que le había hecho Erica. A ella no le importaba si el bebé era niño o niña. ¿Pero Shane preferiría tener un hijo o una hija?

Como la mayor parte de los hombres, preferiría tener un hijo. Pero, en cualquier caso, no creía que se decepcionara. Por desgracia, para algunos hombres era difícil ocultar sus sentimientos. Ella siempre había sospechado que su padre se había sentido decepcionado por el hecho de que ella fuera una niña.

Por supuesto, no podía decir que tratara a sus hermanos mucho mejor que a ella.

Al entrar en la recepción del Tranquility Spa, intentó dejar de pensar en ello. Cuanto antes terminara el día, antes regresaría con Shane al rancho.

Por algún motivo, él había insistido en que cenaran en Rainbow Bend. A ella le encantaba la paz y la tranquilidad que había en el rancho, y más después de un día lleno de confusiones en las reservas.

## Capítulo Catorce

—La cena estaba deliciosa, Cactus —dijo Lissa mientras ayudaba a recoger la mesa—. ¿Cómo sabías que me encanta la carne con salsa de leche?

El hombre sonrió.

—No lo sabía, pero me alegro de que te gustara.

Shane observó la conversación con interés. Cactus no se preocupaba por casi nadie y el hecho de que estuviera haciendo lo posible por complacer a Lissa decía mucho.

Shane incluso se atrevería a decir que estaba loco por ella.

Por supuesto, no podía culparlo. Con cada día que pasaba, Shane se encontraba pensando en ella más a menudo, preguntándose qué estaría haciendo y contando las horas que faltaban para volver a verla. Era algo con lo que no se sentía del todo cómodo, pero tampoco sabía cómo evitarlo.

Decidió que por su propio bien era mejor no pensarlo y se levantó de la mesa.

—Lissa, hay algo que me gustaría que vieras.

—¿Puedes esperar? —preguntó ella, mientras le daba a Cactus los platos para enjuagar—. Después de esta estupenda comida, lo mínimo que puedo hacer es ayudar a Cactus a recoger.

—No te preocupes —dijo Cactus—. Desde que Shane me puso el lavavajillas no me importa hacer las tareas de la cocina.

—¿Estás seguro? —Cactus asintió y ella lo sorprendió dándole un beso en la mejilla—. Gracias por la cena. Ha sido estupenda.

Shane conocía a Cactus de toda la vida y nunca lo había visto quedarse sin habla. Él siempre tenía algo que decir, aunque fuera para quejarse o dar su opinión. Pero parecía que el viejo no era capaz de encontrar la voz.

—¿Querías mostrarme algo? —preguntó Lissa, llamando la atención de Shane.

Él la miró y sonrió.

—Pero creo que primero tenemos que hacer una cosa.

—¿El qué?

—Vamos a alegrarle el día a Cactus —le susurró a la oreja. Shane la rodeó con el brazo y la estrechó contra su cuerpo—. Cactus, qué me dirías si te dijera que dentro de poco podrás cocinar para Lissa más a menudo.

—Me parecería estupendo. Sabe apreciar mi cocina mucho más que tú.

Shane se rio.

—¿Quieres que empiece a besarte después de cada comida?

– Inténtalo y te quedarás sin dientes – le advirtió Cactus, volviéndose para terminar de meter los platos en el lavavajillas.

– Entonces, supongo que después de que nos casemos tendré que dejarle lo de los besos a Lissa – dijo él, anticipando su reacción.

Cactus se volvió de prisa y dijo:

– ¡Maldita sea! ¿Has dicho «cuando nos casemos»?

Shane miró a Lissa y le guiñó un ojo.

– ¿Crees que debo contarle el resto?

– Será mejor – dijo ella, sonriendo.

– En primavera tendremos un bebé – un extraño sentimiento se instaló en su pecho y Shane se percató de que empezaba a estar emocionado con la idea de convertirse en padre.

– Supongo que ahora que va a haber una mujer y un bebé querrás que deje de decir palabrotas y de escupir – dijo Cactus.

– No sería mala idea – dijo Shane riéndose—. Y también tendrás que dejar de preparar el desayuno en ropa interior.

Mientras caminaban por el pasillo hacia su estudio, él se rio. Todavía podía oír a Cactus refunfuñar acerca de los niños, las mujeres y los rancheros que esperaban que dejara de hacer todo lo que merecía la pena.

– ¿Qué era lo que querías enseñarme? – preguntó Lissa cuando entraron en el estudio y él cerró la puerta.

Ella estaba tan guapa que él no dudó en abrazarla y besarla de manera apasionada.

– Llevo todo el día deseando hacer esto – le dijo.

– Yo también te he echado de menos.

– ¿Qué tal tu día en el spa? – preguntó él, sorprendido de que algo tan banal le pareciera tan importante.

– Ni me lo preguntes. No quieras saberlo.

– ¿Tan mal ha ido? – preguntó él.

– Cansado – le explicó lo de la confusión con las reservas y después le preguntó –: ¿Y a ti? ¿Te ha pasado algo interesante?

– He recibido una llamada del jeque Al Kahara – se encogió de hombros—. Quiere contratarme para que diseñe los establos de la granja de caballos pura sangre que ha comprado en Kentucky.

– Parece todo un reto – dijo ella—. ¿Tienes que viajar mucho cuando te salen trabajos como éstos?

– De vez en cuando, pero no más de un par de veces al año – negó con la cabeza—. La mayor parte de mis clientes me envían por correo electrónico las

medidas del establo que quieren y lo que desean que incluya en el diseño. Yo les envío un presupuesto y cuando se firma el contrato me pongo a trabajar. Pero lo del jeque va a ser pan comido. Básicamente quiere el mismo diseño de establo que hice para su palacio en Almarif.

– ¿Tienes muchos clientes extranjeros? – preguntó ella.

– Unos cuantos.

– ¿Y todos pertenecen a la realeza?

– No todos, pero he diseñado establos para varios miembros de distintas monarquías – la agarró de la mano y la guio hasta el otro lado de la habitación –. Pero ahora no quiero hablar de jeques ni de establos – le indicó que se sentara en una de las sillas que había frente a la chimenea –. Quiero tu opinión sobre una cosa.

– No sé si seré de gran ayuda, pero lo intentaré – dijo ella, sonriendo.

– Creo que tu opinión en esto cuenta más de lo que crees – se volvió para recoger una caja de terciopelo negro que había dejado en la repisa de la chimenea antes de ir a buscarla al trabajo. Abrió la caja y le mostró el diamante en forma de pera que estaba engarzado en un anillo de oro blanco –. ¿Crees que te gustaría llevar este anillo a la cena de inversores del sábado por la noche?

– Oh, cielos, Shane. Es precioso.

Él sacó el anillo de la caja y se lo colocó en el dedo anular de la mano izquierda. Al ver que le quedaba perfecto, suspiró aliviado.

– ¿Cómo sabías cuál era mi talla? – preguntó ella, levantándose para abrazarlo.

– La he acertado – dijo él –. ¿Te gusta?

– Me encanta – se miró la mano –. Es exactamente lo que yo habría elegido – lo miró con una amplia sonrisa –. Gracias.

– ¿Estás preparada para mi otra sorpresa? – preguntó él, besándola en la nariz.

– ¿Hay algo más?

Shane la agarró de la mano y la llevó hasta la puerta principal.

– Quiero que cierres los ojos y que no los abras hasta que yo diga.

– ¿Y ahora qué tramas? – se rio ella.

– Si te lo digo no será sorpresa – sonrió Shane –. ¿Prefieres que te vende los ojos?

– No, prometo que no los abriré.

Shane la ayudó a bajar por los escalones del porche y a cruzar el jardín.

– No mires – le advirtió, soltándole la mano para desatar unas riendas de la valla del picadero.

– Shane, ¿qué diablos...?

Le colocó las cinchas de cuero en la mano y dijo:

– Ya puedes abrir los ojos.

Al abrirlos, se quedó asombrada.

– No lo comprendo.

– *Stormy* es tuyo, cariño – la expresión de su rostro era la que él había esperado ver.

– ¿Mío? – preguntó con un brillo en la mirada.

– Sí – sonrió Shane –. Ya he enviado los papeles para hacer el traspaso de propiedad.

Ella miró hacia el sol que se estaba ocultando por el oeste.

– ¿Crees que tenemos tiempo de dar un paseo corto?

Sonriendo, Shane asintió.

– Imaginé que te apetecería. Por eso le he dicho a uno de mis hombres que ensillara a *Stormy* y lo tuviera preparado – cuando Lissa se montó en el caballo, Shane entró en el establo. Regresó con su semental y se montó en él –. Debería darnos tiempo a llegar al camino que lleva a las cascadas de Rainbow y regresar antes de que oscurezca.

– Gracias por todo – se acercó con el caballo y lo besó en la mejilla –. Esto es lo más bonito que nadie ha hecho por mí – sonrió con picardía –. Esta noche vas a tener suerte.

– Entonces, vámonos – dijo él, poniendo al caballo al galope.

– ¿Qué prisa tienes, vaquero? – preguntó entre risas.

– Quiero regresar – dijo él cuando ella lo alcanzó –. Me vendría bien un poco de... suerte.

Cuando atravesaron el valle de regreso al establo, Melissa no pudo evitar sonreír.

– Me encanta este lugar.

– ¿De veras? – preguntó Shane, como si le costara creerlo.

– ¿Y a quién no podía gustarle? Es el lugar más tranquilo de la tierra.

– Hay gente que prefiere vivir donde hay más gente, ruido y otras cosas que hacer que no sea sentarse a escuchar el viento agitando la hierba – dijo él.

Ella negó con la cabeza.

– Yo no soy una de ellas.

– Eso me recuerda una cosa. Hay algo de lo que tenemos que hablar antes de casarnos. ¿Dónde quieres vivir?

Confusa, ella detuvo al caballo.

– Ésta es tu casa. Suponía que querrías vivir aquí.

Shane se volvió para mirarla.

– Quiero vivir aquí. Es mi casa. Pero también sé que cuando empiece a nevar puede que salga del valle muy pocas veces hasta la primavera. Y que no hay una tienda de alimentación a la vuelta de la esquina. Hay que recorrer bastante distancia si se te olvida comprar algo cuando estás en el pueblo.

Era como si estuviera tratando de convencerla para que viviera fuera del rancho. ¿No quería que cuando se casaran ella viviera con él?

– Recuerdo que la primera vez que me trajiste aquí me dijiste que la carretera que lleva al valle a veces permanece cerrada durante varias semanas.

Él la miró fijamente a los ojos.

– ¿Crees que podrías soportar tanto tiempo encerrada por culpa de la nieve?

Ella lo miró un instante antes de contestar.

– No puedo contestarte porque nunca he estado en esa situación, Shane – movió las riendas para que *Stormy* caminara despacio –. Lo que puedo decirte es que comprendo todos los inconvenientes de vivir aquí y que, aun así, estoy dispuesta a probar.

Permanecieron en silencio hasta que llegaron al rancho. Después de cepillar y guardar los caballos, Lissa comenzó a bostezar.

– Tengo que mandar un correo electrónico a un posible cliente. ¿Por qué no subes y te das una ducha? – preguntó Shane al entrar en la casa –. Prometo que no tardaré mucho – la besó.

– Es buena idea – dijo ella, disimulando otro bostezo –. Estoy agotada.

– Lo sé, cariño – la besó de nuevo –. Subiré en unos minutos.

Shane la observó subir por la escalera antes de dirigirse a su estudio y abrir el correo electrónico. Rápidamente escribió un mensaje con el presupuesto de su cliente y lo envió. Apagó el ordenador y se recostó en la silla.

La tarde no podía haber sido mejor. A Lissa le había encantado el anillo de compromiso que él le había comprado y también el caballo. El paseo había sido estupendo, hasta el momento en que ella había mencionado lo mucho que le gustaba la paz y la tranquilidad que había en el rancho.

¿Y por qué no podía creer que a ella le gustara vivir allí? ¿Por qué se había sentido obligado a señalar todos los inconvenientes de vivir en Rainbow Bend?

El comentario que había oído que su padre le decía a Cactus en una ocasión retumbaba en su cabeza. Al principio, Carolyn McDermott disfrutaba viviendo en el rancho y no le importaba el aislamiento. Pero con el paso de los años, el hecho de estar encerrada por culpa de la nieve y no tener vecinos cerca empezó a pasarle factura y acabó odiando el valle.

¿Terminaría Lissa sintiendo lo mismo después de vivir una temporada en el rancho? ¿Acabaría marchándose para no regresar?



A diferencia de su madre, Lissa era de Aspen y conocía bien el tiempo que hacía en las Montañas Rocosas. Pero ella había vivido en California durante los ocho últimos años y, aunque había dicho que echaba de menos los deportes de invierno, también le gustaba la playa.

¿Y si después de quedarse aislada varias veces decidía que prefería el clima más templado de Malibú? ¿Y si en lugar de dejar a su hijo, tal y como había hecho su madre, Lissa se lo llevaba con ella?

Mirando la pantalla oscura del ordenador, Shane respiró hondo. No creía que Lissa fuera capaz de hacer eso. Incluso antes de convencerla de que se casara con él, ella le había dicho que podrían organizarlo para que él pudiera formar parte de la vida del niño.

Se levantó de la silla, apagó la luz y se dirigió al piso de arriba. Lissa le había dicho que quería intentar vivir en el rancho y eso era todo lo que podía pedirle. El tiempo diría si su entusiasmo por el rancho terminaba convirtiéndose en odio. Y mientras él tuviera en mente esa posibilidad y no permitiera que sus sentimientos hacia ella fueran más profundos, todo estaría bien.

Por desgracia, eso cada día le costaba más. Lissa se estaba convirtiendo en una adicción, y él no estaba seguro de si sería capaz de vivir sin ella.

## Capítulo Quince

—¿Cómo ha ido tu reunión con el resto de inversores de Jarrod Ridge? — preguntó Melissa cuando Shane pasó por el spa la tarde siguiente.

—Muy larga y aburrida —se rio él—. Al menos hasta que anuncié nuestro compromiso —riéndose, negó con la cabeza—. Tenías que haber visto la cara de Elmer Madison y de Clara Buchanan.

—Vamos a mi despacho y me lo cuentas allí —dijo ella, ya que no quería hablar delante de los clientes del spa.

Habían decidido contarle al resto de inversores que iban a casarse, pero también que esperarían a después de la boda para contarles lo del embarazo.

Una vez dentro del despacho, Melissa se volvió hacia Shane.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Cuando Elmer preguntó si había algún asunto más que tratar, yo me puse en pie y anuncié que te había pedido que te casaras conmigo y que me habías dicho que sí.

Shane se quitó el gorro de vaquero y lo tiró sobre un sofá. Después, abrazó a Melissa y la besó apasionadamente.

—Quiero saber los detalles —dijo ella, tratando de recuperar el aliento cuando él se separó—. ¿Qué pueden ver de malo en que nos casemos? No mencionaste al bebé, ¿verdad?

—No, eso los habría dejado fuera de órbita —Shane negó con la cabeza—. Creo que tienen miedo de que, al casarme contigo, consiga invertir en un proyecto y ellos no.

—Eso es ridículo —frunció el ceño—. Todas las inversiones para eventos especiales se hacen en grupo. Ellos pueden retirarse del grupo en cualquier momento o elegir no apoyar un proyecto, pero nosotros ofrecemos las posibles inversiones al grupo, no de forma individual.

—Lo sé, cariño —se encogió de hombros—. Puede que tengan miedo de que una vez que estemos casados yo empiece a contribuir más y termine consiguiendo más ganancias con mi dinero. Eso, o que les faltan dos dedos de frente —sonrió—. Mi teoría es que es una mezcla de ambas cosas.

—¿Han dicho algo?

—No. No han dicho nada.

—Entonces, ¿cómo sabes que no les parece bien que nos casemos? —quizá Shane había malinterpretado su reacción.

—Cuando les dije que íbamos a casarnos, el viejo Elmer se puso tan colorado que pensé que podía estallarle la vena de la frente que se le hincha cuando se disgusta.

— ¿Y Clara? — preguntó Melissa, intentando no reírse—. ¿Cómo reaccionó?

— Ella estaba bebiendo agua y se atragantó. Pensé que iba a tener que hacerle la maniobra de reanimación cardiopulmonar — puso una mueca—. Preferiría saltar desnudo una valla de alambre de espino que posar mi boca sobre la de ella.

— Y yo que pensaba que estabas enamorado de ella — bromeó Melissa.

— Ni hablar. Solo la idea de ser meloso con esa arpía es suficiente para que un hombre se aleje de las mujeres para siempre.

Ella no podía dejar de reír. Clara tenía el doble de edad que Shane y por su expresión parecía que se hubiera comido un limón.

De pronto, Shane se puso serio.

— Lissa, quiero que sepas que aunque hayamos tomado la decisión de casarnos por el embarazo, no tienes por qué preocuparte. Te doy mi palabra de que siempre seré un esposo bueno y fiel.

— Y yo seré una esposa fiel. Pero ¿por qué dices eso?

— Sé que mi fama de mujeriego no es mucho mejor que la de Trevor. Solo quiero que sepas que cumplo con mis compromisos. No tienes que preocuparte por que salga y vaya a encontrar a alguien más.

Después de pasar dos semanas con él y de verlo interactuar con Cactus, ella sabía que Shane no era ese tipo de hombre.

— Nunca se me ocurrió que pudieras no ser fiel a nuestro matrimonio.

Llamaron a la puerta y Lissa se separó de Shane para ir a abrir.

— ¿Hay algún problema, Rita?

— Odio molestarte, pero Joanie se ha puesto enferma y se ha ido a casa —le explicó—. Tiene dos reservas para un tratamiento facial y me temo que todas las chicas están ocupadas. ¿Podrías sustituirla tú o cancelo las citas?

— Enseguida voy, Rita — cuando la mujer regresó a la recepción, Melissa cerró la puerta y se volvió hacia Shane—. Lo siento, pero tengo que regresar al trabajo. Hoy estamos a tope. Parece que no voy a poder salir de aquí hasta dentro de dos horas por lo menos.

Él agarró el sombrero y se acercó a ella.

— De todos modos, tengo que irme — la besó—. Tengo que recoger el esmoquin de la tintorería y comprar un par de cosas que me ha encargado Cactus antes de volver al rancho para cenar — sonrió—. Piensa prepararte un guiso de carne y unos bollitos de masa madre.

— Suena para chuparse los dedos.

Shane abrió la puerta.

— Vendré a recogerte sobre las cinco.

Melissa salió de su despacho y suspiró al ver marcharse a Shane. Lo amaba, pero de no haber sido así, habría empezado a hacerlo después de su promesa de que iba a ser un buen marido.

Los vaqueros tenían fama de cumplir con su palabra. Si para él era importante decirle que se entregaría al matrimonio era porque pensaba hacer lo posible para que la relación funcionara.

No había sido una declaración de amor, pero era suficiente para tener esperanza. Quizá algún día él le diría las dos palabras que Melissa tanto deseaba oír.

—¿Cuándo te gustaría casarte? —le preguntó Shane a Lissa mientras estaban sentados frente a la chimenea de Willow Lodge. Después de cenar con Cactus, habían regresado a la cabaña para disfrutar de una noche a solas delante de la chimenea.

—Han pasado tantas cosas durante las dos últimas semanas que no he tenido tiempo de pensarlo demasiado —dijo ella, acurrucándose a su lado—. Pero me gustaría esperar hasta después de la boda de Erica y Christian. No quiero empañar un día tan especial para ellos.

—Lo comprendo. ¿Y cuándo se casan?

—La víspera de Navidad —se quedó pensativa un instante—. ¿Y qué te parece una boda en el día de Nochevieja?

—Me parece bien —dijo él, y la besó en la frente—. ¿Quieres celebrar una gran boda?

—No —se inclinó hacia delante y agarró su taza de chocolate caliente—. Algo pequeño con la familia y los amigos más cercanos.

—Como tú quieras, cariño —sonrió él y la besó—. ¿Y dónde quieres celebrarla? Ella miró a su alrededor.

—Creo que aquí estaría bien.

—¿No quieres casarte en Jarrod Manor?

—No —contestó ella.

Se miraron en silencio unos instantes y él preguntó:

—¿Y por qué no, Lissa?

Ella dudó un momento y, cuando él pensaba que no iba a contestar a su pregunta, negó con la cabeza.

—No tengo muy buenos recuerdos de ese lugar.

—Pero ahí es donde creciste —agarró la taza de Melissa para dejarla en la mesa y le tomó las manos—. ¿Qué era lo que te hacía infeliz?

—No había una cosa concreta. Simplemente, no lo sentía como mi hogar.

—¿Por qué?

—Supongo que ya te has dado cuenta de que en realidad no estaba muy unida a mi padre.

Shane asintió. Por lo que le había contado había llegado a la conclusión de que Donald Jarrod daba prioridad a Jarrod Ridge sobre todo lo demás y que había enseñado a sus hijos a hacer lo mismo.

—Me han contado que mientras mi madre estaba viva mi padre no estaba tan centrado en Jarrod Ridge como después de su muerte —dijo ella—. Pero por lo que yo recuerdo, él nunca tenía tiempo para nosotros. Siempre estaba demasiado ocupado trabajando o viajando para promocionar el complejo. Y también pretendía que nosotros convirtiéramos Jarrod Ridge en nuestra prioridad.

Él había tratado varias veces con Jarrod Donald en las reuniones del grupo de inversores y cuando le vendía los caballos para el rancho y estaba convencido de que nunca había conocido a una persona más adicta al trabajo que él. Pero seguramente, Jarrod se había dado cuenta de que la familia era más importante que el trabajo.

—A lo mejor no se daba cuenta...

—Oh, creo que sí —se levantó del sofá y se acercó a la ventana—. Por desgracia, ya es demasiado tarde para intentar reparar nuestra relación.

Shane se acercó a su lado y la abrazó.

—Estoy seguro de que tu padre solo intentaba daros todo lo mejor a ti y a tus hermanos.

Ella suspiró.

—Puede ser, pero díselo a una niña que no quería más que el amor y la atención de su padre.

Aunque el padre de Shane había perdido el interés en casi todas las cosas de la vida cuando se marchó su esposa, al menos se había centrado en la crianza de su hijo. Y Shane estaba seguro de que su padre lo había querido. Pero, al parecer, Lissa no estaba tan segura de que su padre la quisiera.

—Al menos, tenías a tus hermanos —comentó él.

Ella asintió y apoyó la cabeza en su hombro.

—Sí, pero eran mayores. Además, eran chicos y no querían jugar con muñecas ni a las cocinitas.

—No, no me imagino a tus hermanos queriendo jugar a eso.

Melissa lo miró.

—Solo pensarlo es divertido, ¿verdad? —preguntó ella, con una sonrisa.

Al ver que ella se había animado, Shane la besó en los labios.

—Pues ya está decidido. Nos casaremos aquí el día de Nochevieja rodeados de la familia y de los amigos más cercanos.

Apoyando la cabeza sobre su pecho, ella asintió.

—Creo que voy a invitar a Héctor y a Michael. Son mis dos mejores amigos en Malibú y, además, me gustaría hablar con ellos sobre la posibilidad de que dirijan mi negocio durante un tiempo con opción a compra.

—¿Estás segura de que quieres deshacerte de tu negocio? —le gustaba la idea de que ella quisiera mudarse a Colorado para siempre, pero odiaba que tuviera que deshacerse del negocio que había montado de cero y del que estaba tan orgullosa.

—No es que me quiera deshacer de él, pero me crié con un padre casi ausente y quiero que mi hijo pueda disfrutar plenamente de su padre y de su madre. Además, tendré el Tranquility Spa y, si estamos tan ocupados como ahora, hablaré con Blake para expandirlo —bostezó.

—Ajá, parece que estás muerta de sueño —dijo él, riéndose—. Será mejor que te acuestes.

—Espero poder mantenerme despierta durante la cena de inversores de mañana —dijo ella, mientras él la guiaba por el pasillo.

—Sí, sería una lástima que te quedaras dormida durante uno de los discursos —se rio Shane.

—Será mejor que mañana intente dormir una siesta —dijo ella al entrar en el dormitorio.

—Yo pienso dormirla contigo —afirmó él, con una pícaro sonrisa.

—Eres insaciable, Shane McDermott —dijo ella, negando con la cabeza.

—Y pienso demostrarte lo hambriento que estoy en cuanto nos metamos en la cama.

## Capítulo Dieciséis

Cuando Lissa y él entraron en el salón de baile de Jarrod Ridge, Shane supo que estaba con la mujer más bella y más *sexy* de todas. Lissa se había recogido el cabello y su cuello quedaba al descubierto. Además, llevaba un vestido negro que resaltaba su silueta y, cada vez que se movía, él se excitaba.

Recordando dónde estaban, trató de controlar sus hormonas. Si no lo conseguía, en poco tiempo todos se percatarían de qué era lo que estaba pensando.

Vio a Clara Buchanan al otro lado de la habitación y pensó en cómo reaccionaría ella si supiera en qué estaba pensando. Eso bastó para que se calmara una pizca.

— Ahí están Blake y Samantha, su secretaria — dijo Lissa—. Se sentarán en la mesa principal con Erica y el resto de mis hermanos.

— ¿Y nosotros? ¿Nos vamos a sentar con ellos?

— No. Puesto que eres inversor, tendrás tu propia mesa y le he pedido a Guy que les diga a los camareros que me sienten a tu lado.

— Estáis muy elegantes esta noche — dijo Trevor, acercándose a ellos. El hermano de Lissa iba acompañado de una mujer morena.

— Me alegro de verte — dijo Shane, y estrechó la mano de Trevor.

Al cabo de unos minutos de conversación, Trevor y su acompañante se marcharon.

— Ojalá Trevor consiguiera sentar la cabeza — dijo Lissa—. He visto cómo lo miraban Elmer y Clara y no parecían nada contentos.

Shane la rodeó por los hombros y la besó en la sien.

— Estoy de acuerdo en que tu hermano tiene fama de mujeriego, pero creo que no es asunto de Elmer ni de Clara la forma de vida que él elija.

Antes de que Lissa pudiera responder, varios clientes habituales del complejo se acercaron para saludarlos y felicitar a la familia de Lissa por la celebración de otro espectacular evento.

— La comida de otros años ha sido buena, pero la de éste es excepcional — dijo con entusiasmo George Sanders, un crítico culinario de Los Ángeles—. En cuanto lo vea, voy a decirle a Guy que el tema de mi próxima columna será la maravillosa cocina del complejo. La *crème brûlée* está para morirse.

— Estoy segura de que Guy estará encantado de oírlo — dijo Lissa, sonriendo.

Cuando el caballero se marchó, Shane apoyó la mano en la espalda de Lissa.

— ¿Por qué no buscamos nuestra mesa y vemos quiénes son nuestros acompañantes?

Él necesitaba un descanso y, seguramente, Lissa también. Además, después de repetir el mismo saludo durante veinte minutos, sentía que la sonrisa se le había quedado pegada en la cara.

Cuando encontraron la mesa, Shane ayudó a Lissa a sentarse y se acomodó a su lado.

— Parece que estamos en la mesa de los políticos — dijo él, mirando los nombres de las tarjetas de alrededor.

Ella asintió.

— Espero que esta noche dejen a un lado sus diferencias.

— Veré lo que puedo hacer al respecto — le ofreció Shane—. Sé que al senador Kurk y al diputado Delacorte les gusta la pesca. Si veo que la conversación empieza a convertirse en discusión, los invitaré a pescar en el Rainbow la próxima primavera.

— Gracias — dijo ella—. Me gustaría que la cena transcurriera sin problemas.

— Shane, hijo mío, esperaba verte aquí esta noche — dijo el senador Kurk acercándose a la mesa—. ¿Conoces a mi esposa, Beatrice?

Shane se puso en pie mientras la mujer se sentaba.

— Me alegro de volver a verla, señora Kurk — dijo él. Estrechó la mano del senador y se sentó de nuevo—. Me alegro de que hayan venido.

— Por lo que he oído, debo felicitaros. Me han llegado rumores de que vais a casaros — dijo el hombre, mirando a Lissa—. ¿Es ésta tu prometida?

— Senador Kurk, señora Kurk, me gustaría presentarles a mi prometida, Melissa Jarrod.

— ¿Melissa? — exclamó Beatrice Kurk con incredulidad—. No te había reconocido, cariño. Creo que la última vez que te vi estabas a punto de marcharte a la universidad.

Mientras Lissa y la esposa del senador se ponían al día, el diputado Delacorte y su esposa llegaron a la mesa. La cena se sirvió poco después y, afortunadamente, ambos políticos dejaron al margen su diferencia de opiniones durante la noche.

Mientras las mujeres hablaban con Lissa sobre los nuevos servicios de spa y sobre los planes de boda, Shane compartió con los hombres diferentes historias de pesca en las Montañas Rocosas. E incluso se sorprendió al ver que los hombres eran buenos amigos cuando no trataban asuntos de política.

Mientras esperaban a que les sirvieran el postre, los dos hombres y sus respectivas esposas se disculparon antes de dejar la mesa. Shane sabía que iban a hablar con los asistentes para intentar ganar votos para las siguientes elecciones antes de que empezaran los discursos.

Aliviado por quedarse a solas con Lissa, Shane se volvió hacia ella. Pero ella estaba mirando a Trevor y al resto de sus hermanos, que estaban sentados en la mesa principal.



—No puedo creer lo que está haciendo —dijo ella. Trevor estaba sentado junto a una pelirroja y la mujer morena que lo acompañaba antes no estaba por ningún lado—. Solo puedo imaginar lo que Elmer y Clara deben de estar pensando.

Shane miró a su futuro cuñado y vio que estaba susurrándole algo a la pelirroja y que, cuando ésta volvió la cabeza, le guiñó un ojo a una rubia que estaba sentada en otra mesa. Era evidente que estaba buscándose un grave problema. Él no veía nada malo en que un hombre saliera con muchas mujeres. Él también había salido con varias antes de empezar a salir con Lissa. Pero, al menos, Shane había tenido la sensatez de salir con una sola cada noche.

Si Trevor no tenía cuidado, las mujeres se enterarían de que estaba ligando con todas a la vez y le armarían un buen lío.

—Shane, ¿puedo hablar contigo en privado un momento? —preguntó el senador Kurk que, de pronto, había aparecido a su lado.

—Por supuesto —contestó Shane, y se levantó de la mesa—. Enseguida vuelvo —besó a Lissa en la mejilla.

No le gustaba tener que dejarla sola pero, al ver que Avery Lancaster se acercaba a la mesa, Shane centró su atención en las palabras de senador. Nunca había visto a Patrick Kurk tan serio ni tan decidido como en ese momento.

Cuando Avery se sentó al lado de ella, Melissa no pudo evitar fijarse en lo que sucedía en la mesa principal. Sus hermanos, Guy y Gavin, se habían acercado a Trevor para decirle algo y, al momento, los tres hombres salieron de la sala.

—¿Qué pasa? —le preguntó a su amiga.

—Guy y Gavin van a sugerirle a Trevor que sea más discreto con las invitadas esta noche —contestó Avery.

—Me alegro —dijo Melissa—. No le hace ningún favor a la reputación del hotel.

—¿Quieres decir que el nuevo eslogan del complejo no va a ser: «Ven a Jarrod Ridge y deja que uno de sus atractivos dueños te rompa el corazón»? —preguntó Avery con ironía.

—Dudo que eso ayudara mucho al negocio —contestó Melissa riéndose.

—¿Dónde está Shane? —preguntó Avery.

—El senador Kurk quería hablar con él en privado —Melissa bebió un sorbo de agua—. Probablemente esté convenciéndolo para que haga una campaña de donativos o para que organice algún tipo de evento benéfico.

—No es suficiente que los políticos nos pidan su voto, sino que también quieren nuestro dinero.

—¿Guy y Gavin están hablando con Trevor? —preguntó Erica al acercarse a ellas.

Melissa sonrió a su hermana.

—Diría que se ha metido en un lío.

Erica puso una mueca.

– No me gustaría estar en su piel.

– Ni a mí – dijeron a la vez Melissa y Avery.

– Me alegro de que estén aquí – dijo Melissa, decidiendo que había que cambiar de tema. Aunque Trevor merecía que le llamaran la atención por su comportamiento, a ella no le gustaba que tuvieran que hacerlo –. Una de las clientas del spa se ha dejado una revista que tenía fotos de una habitación infantil decorada con motivos submarinos. Me ha gustado mucho y creo que es lo que quiero para mi bebé. Era en colores pastel y tenía dibujos de crías de animales marinos.

– El otro día la vi – dijo Avery –. Es preciosa.

Melissa se preguntó un instante por qué Avery habría estado mirando motivos de decoración infantil. Seguramente estaba buscando ideas para ella.

– Me encantaron el caballito de mar rosa y el pulpo azul – añadió Melissa.

– Sería perfecto tanto para un niño como para una niña – dijo Erica –. Y podemos usar los colores para la decoración de la fiesta.

Melissa abrazó a las mujeres.

– Sois las mejores. Gracias por organizar la fiesta de bienvenida del bebé conmigo.

– Ajá. Parece que voy a tener que calmar a la bestia – dijo Avery señalando a Guy, que estaba entrando de nuevo en el salón.

– No parece que su encuentro con Trevor haya sido muy agradable.

– Dudo que lo fuera – dijo Melissa, odiando que su familia tuviera que enfrentarse a otro problema.

– Me temo que tengo que regresar junto a Christian – dijo Erica y se puso en pie –. Veo que está acorralado por alguien que debe de estar buscando asesoramiento legal gratuito.

Mientras observaba alejarse a sus dos mejores amigas, Melissa se preguntó dónde estaría Shane. Miró el reloj. Él le había dicho que regresaría enseguida y ya había pasado media hora. Convencida de que regresaría pronto, se levantó para ir al lavabo antes de que comenzara el discurso de cierre. Mientras avanzaba por el pasillo hacia los servicios, oyó que Shane estaba hablando al doblar la esquina.

– Es un honor que me haya pedido que lo ayude con la investigación, senador – dijo Shane.

Melissa pensó en acercarse a ellos pero, al oír el resto de la frase, se detuvo en seco.

– Tengo que diseñar un par de establos, pero en cuanto mande los planos a los clientes, tendré todo el tiempo del mundo para dedicarme a investigar.

– Habrá veces que tengas que viajar con frecuencia – le advirtió el senador.

—No habrá problema. No hay nada que impida que pase todo el tiempo que necesite en el lugar de trabajo y que le dedique mi completa atención.

Lissa no podía soportar seguir escuchando. ¿Ella y su hijo no significaban nada? ¿Es que no había escuchado lo que ella le había dicho la noche anterior?

Sintiéndose como si le hubieran partido el corazón en mil pedazos, regresó hasta el recibidor del complejo. Shane no era distinto a como había sido su padre. Pretendía anteponer el trabajo a la familia, y eso era algo que ella no podía aceptar.

En recepción, pidió una hoja de papel y un sobre. Cuando terminó de escribir la nota, la metió en el sobre y se la entregó a una de las empleadas.

—Quiero que se la entregue a Erica Prentice. Está en la mesa principal del salón de baile —dijo ella, sorprendida de que no le temblara la voz—. Llévela antes de que comience el discurso.

—Sí, señorita Jarrod —dijo la joven—. Se la entregaré ahora mismo.

Mientras la mujer se alejaba por el pasillo, Melissa pensó en caminar hasta la cabaña, pero decidió no hacerlo. Se había dejado el chal en la mesa y la temperatura había bajado considerablemente. Además, no le gustaba la idea de tener que caminar con los zapatos de tacón alto que llevaba.

Se volvió hacia el conserje y le dijo:

—Quiero que alguien me lleve hasta Willow Lodge.

El hombre asintió.

—Puede que tarde unos minutos en...

—¡Ahora! —si no regresaba a la cabaña, corría el peligro de desplomarse allí mismo.

El hombre, que no estaba acostumbrado a que Melissa diera órdenes de esa manera, corrió a buscar a alguien para que la llevara. Al momento, Melissa estaba sentada en una de las limusinas del complejo. Se esforzó para mantener la compostura durante el trayecto. Ya había provocado muchos rumores entre los empleados y no quería que la vieran llorar.

Cuando el conductor se detuvo frente a la cabaña, ella se apresuró a bajar del vehículo y a entrar en la casa. Cerró la puerta con llave y se dejó llevar por las emociones que le había provocado escuchar la conversación entre Shane y el senador Kurk.

Comenzó a llorar y corrió al dormitorio para tumbarse en la cama. Mirando el anillo de diamantes que llevaba en la mano izquierda, la soledad de toda una vida la invadió por dentro. Nunca había podido cumplir las expectativas de su padre y, al parecer, a Shane ella tampoco le parecía suficiente.

## *Capítulo Diecisiete*

Cuando Shane y el senador regresaron al salón, el discurso de cierre acababa de empezar. Todo el mundo estaba pendiente de Blake Jarrod, el hermano de Lissa, y el nuevo director ejecutivo de Jarrod Ridge. Mientras él agradecía la presencia de los asistentes, Shane buscaba a Lissa con la mirada.

¿Dónde diablos se había metido? ¿Habría tenido que marcharse porque se encontraba mal? Y de ser así, ¿por qué no había ido a buscarlo para que la llevara a Willow Lodge?

Miró hacia la mesa principal y vio que Erica lo estaba mirando. Por su expresión, supo que ella podía saber dónde se encontraba Lissa.

Frustrado por no poder acercarse a Erica hasta que Blake terminara el discurso, Shane apenas oyó su nombre cuando pidieron a los inversores que se pusieran en pie para saludar. Cuando Blake estaba pronunciando sus últimas palabras, Shane ya estaba en pie, se dirigía a la mesa principal.

—¿Dónde ha ido Lissa? —le preguntó a Erica.

—Justo antes del discurso me entregaron un mensaje suyo diciendo que la llevaban de regreso a Willow Lodge —dijo Erica con cara de preocupación—. ¿Crees que no se encuentra bien?

—No lo sé, pero pienso ir a descubrirlo —dijo él, y se volvió hacia la puerta—. Gracias.

—Por favor, dímelo si está bien —le dijo Erica.

Asintiendo, Shane se alejó para salir de allí. ¿Le habría pasado algo a ella o al bebé?

Le pareció que pasaba toda una eternidad hasta que llegó al recibidor. Decidió no esperar a que el aparcacoches le llevara la camioneta y salió corriendo por el camino que llevaba hasta las cabañas.

¿Por qué Lissa le había enviado el mensaje a su hermana y no a él? ¿Qué había sucedido desde que él había salido a hablar con el senador hasta que regresó al salón?

Mientras subía por los escalones del porche, buscó en el bolsillo la llave que Lissa le había dado y abrió la puerta.

—¿Lissa? —la llamó.

El silencio era ensordecedor. Miró a su alrededor. El bolso de Lissa estaba en el sofá, así que ella estaba allí.

—Lissa, ¿dónde estás? —la llamó con el corazón acelerado. Cuando llegó al dormitorio, vio que ella estaba en la cama llorando desconsoladamente—. ¿Qué ocurre, cariño?

Antes de que él pudiera sentarse a su lado y abrazarla, ella se incorporó.

– No, Shane – se movió hasta el otro lado de la cama – . Por favor, vete a casa.

– ¿Qué ocurre? – preguntó Shane.

– Quiero que te vayas. Regresa a tu rancho y déjame en paz.

– Cariño, hablas sin sentido – dijo él, tratando de mantener la paciencia – . Tranquilízate y dime por qué estás tan disgustada.

Ella se sentó y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

– He oído tu conversación con el senador Kurk.

– ¿Y? – él no podía comprender por qué se había puesto así.

– ¿No hay nada que te impida viajar? ¿Y yo? ¿Y nuestro hijo? ¿Vamos a quedar siempre en segundo lugar respecto al proyecto que tengas entre manos? ¿No somos lo suficientemente importantes como para que quieras estar con nosotros?

– Cálmate, Lissa.

– No me digas lo que tengo que hacer, Shane. Toda mi vida he estado en último lugar respecto al trabajo de un hombre y ahora no voy a hacer lo mismo – lo miró con una mezcla de rabia y dolor – . Contesta a mi pregunta: ¿quieres o no quieres quedarte aquí conmigo y tratar de que nuestro matrimonio funcione?

Él le había dicho al senador que tenía libertad para viajar y para dedicarle tiempo a investigar los fallos de construcción en diferentes edificios militares y federales. Pero no podía contarle a Melissa el motivo por el que había aceptado, ya que no le gustaba admitir que necesitaba un poco de distancia para recuperar perspectiva.

Cuando permaneció en silencio, Lissa puso cara de dolor y él sintió un nudo en el estómago.

– Creo que tu silencio ya es una respuesta, Shane – se quitó el anillo de compromiso y se lo entregó – . Me alegro de que hayamos descubierto que la relación no funcionará antes de habernos casado.

– Lissa...

– No, Shane – dijo ella – . No hay mucho más que decir.

Mirándola durante unos instantes, intentó poner en orden sus pensamientos.

– Esto no ha terminado, Lissa.

Ella comenzó a llorar.

– Sí, ha terminado, Shane.

– ¿Y qué vas a decirle a tu familia y a los inversores?

– Eso ya no es asunto tuyo – dijo ella – . Yo me ocuparé de anunciar nuestra ruptura.

– ¿Y el bebé? – preguntó enfadado – . Quiero saber...

– A partir de ahora, todo lo que tengas que decirme puedes hacerlo mediante Christian Hanford. Cuando falte poco para que nazca el bebé, haré que se ponga en

contacto con tu abogado para llegar a un acuerdo sobre la custodia —respiró hondo y señaló hacia la puerta—. Me gustaría estar sola, Shane. Por favor, cierra la puerta cuando salgas.

Él la miró un momento antes de salir de la habitación. Dejó la llave que ella le había dado sobre la encimera y salió de la casa.

Mientras caminaba despacio hacia el edificio principal del complejo, sintió como si el anillo de compromiso que ella le había devuelto le quemara en la mano. Cuando se lo entregó, supo que para Melissa había sido algo muy importante y sospechó que ella se había enamorado de él.

Esa noche había comprobado que sus sospechas eran ciertas. Melissa lo amaba y él se había dado cuenta al ver cómo se había quitado el anillo para devolvérselo.

Notó que la rabia lo invadía por dentro. ¿Qué diablos le estaba pasando? ¿Cómo había permitido que la situación se escapara de control?

Durante las últimas dos semanas él sabía que estaba caminando por una fina línea y que le costaría mucho esfuerzo controlar lo que sentía por Lissa. Por eso había aceptado la oferta del senador Kurk. De pronto necesitaba poner distancia entre ellos, antes de llegar más lejos de lo que pretendía.

¿Pero ya era demasiado tarde? ¿Había hecho lo impensable y se había enamorado de ella?

No estaba seguro. Y hasta que lo estuviera, sería mejor que dejara las cosas como estaban. Ya le había hecho bastante daño a Lissa. Y prefería abandonar su propia vida que volver a hierirla.

## Capítulo Dieciocho

De pie, en el porche de Willow Lodge, Melissa contempló las montañas que había a lo lejos. ¿Cómo podía haberle cambiado la vida tan drásticamente, y que a su alrededor todo siguiera igual? Nunca se había sentido tan sola y, sin embargo, el sol seguía brillando y los pájaros cantando.

¿Por qué se había engañado pensando que Shane se esforzaría por conseguir que su matrimonio funcionara, igual que estaba dispuesta a hacer ella? ¿Y cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de que él le daba tanta importancia al trabajo como su padre?

Shane le había dicho que sería un esposo fiel y ella lo había creído. Pero la fidelidad era una cosa y pasar juntos el tiempo que fuera necesario para que el matrimonio funcionara, otra.

Ella había estado dispuesta a dejar la vida que tenía en Malibú para permanecer en Colorado y formar una familia. ¿Era demasiado pedir que él también hiciera alguna concesión?

La noche que le regaló el anillo de boda, él le había dicho que su trabajo solo requería que viajara ocasionalmente. Sin embargo, en cuanto se le había presentado la oportunidad de pasar más tiempo alejado de ella y de su hijo, había aceptado.

Durante toda la vida se había sentido en segundo lugar respecto a la ambición que tenía su padre para convertir Jarrod Ridge en el mejor complejo de las Rocosas. Y se negaba a que le pasara lo mismo con su marido.

—Melissa, ¿va todo bien?

Al oír la voz de su hermana, Melissa se volvió y vio a Erica subir por las escaleras del porche.

—Ayer te marchaste de repente y temía que te encontraras mal. ¿Estás bien?

—No, y no estoy segura de si volveré a estarlo. Pero sobreviviré. Siempre lo hago.

—¿Qué ocurre? —preguntó Erica asustada—. ¿Te sientes mal? ¿No le pasará nada al bebé?

—Por lo que sé, el bebé está bien.

Erica miró a su alrededor.

—¿Dónde está Shane?

—No lo sé. Probablemente en su rancho. Anoche rompí con él.

—¡Oh, no! —Erica le dio un abrazo—. Lo siento. Parecía tan felices...

Melissa se encogió de hombros.

—Probablemente sea mejor que haya sucedido ahora y no después de que estuviéramos casados.

—Eso es cierto —dijo Erica—. Pero sigue siendo muy triste —al ver que empezaba a soplar algo de brisa, añadió—: ¿Por qué no entramos y nos preparamos una infusión de hierbas?

Minutos más tarde Melisa estaba en la mesa mirando el vapor que salía de la taza que Erica le había dejado delante.

—¿Estás segura de que no podéis solucionar las cosas? —preguntó Erica.

—No veo cómo —durante la noche más larga y solitaria de su vida, se había preguntado cientos de veces si había tomado la decisión correcta y siempre había llegado a la conclusión de que así era—. Ambos vemos la relación de una manera distinta y no estoy segura de que eso pueda cambiar.

Permanecieron en silencio unos minutos. Al final, Erica preguntó:

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

Melissa asintió.

—Puedes estar a mi lado cuando le cuente al resto de la familia que todo ha terminado.

—Sabes que tanto Avery como yo te apoyaremos en lo que haga falta —dijo su hermana sin dudar—. Y supongo que el resto de nuestros hermanos también te dará todo su apoyo.

—Eso espero —Erica no se había criado en la misma casa que su padre y por tanto no sabía el énfasis que había puesto en las apariencias y en la reputación de la familia—. He decidido que voy a regresar a California pronto. Puedo tener al bebé allí, sin provocar problemas con los inversores.

—Melissa, no puedes hacer eso. Perderás tu parte del complejo —Erica negó con la cabeza—. Nadie quiere que eso suceda.

—Si no lo hago, podríamos perder una cantidad de fondos considerable para organizar eventos como el festival anual de vino y gastronomía —se frotó las sienes para relajarse—. Es probable que ya hayamos perdido a uno de nuestros grandes inversores.

Erica frunció el ceño.

—¿A quién?

—A Shane —contestó Melissa.

—¿De veras crees que dejará de financiar eventos especiales porque os hayáis separado? —Erica la miró dubitativa—. Estoy segura de que ha ganado mucho dinero ayudando a financiar proyectos para Jarrod Ridge. No creo que quiera prescindir de eso.

—No lo sé. Podría ser un poco incómodo para ambos —bebió un sorbo—. Pero aparte de que Shane deje de financiar futuros proyectos, habrá otros inversores que no me verán con buenos ojos si estoy sola y embarazada.

Erica tocó la mano de Melissa.



—Creo que le estás dando a esa gente mucho poder sobre ti. No es asunto suyo lo que hagas en tu vida personal.

—Shane me dijo lo mismo — admitió.

Quizá estaba dando demasiada importancia a lo que los demás pensaban acerca de su familia. Pero era difícil olvidar toda una vida en la que le habían inculcado que tenía mucha importancia lo que los demás pensarán de ella. Por lo que ella recordaba, su padre había enseñado a sus hijos que sus actos afectaban directamente al complejo y que era muy importante proteger la reputación de Jarrod Ridge sobre todo lo demás.

—Lo importante es que no tienes que tomar ninguna decisión ahora mismo — dijo Erica, y se levantó para dejar la taza en el fregadero—. Tienes tiempo de sobra para valorar tus opciones y después puedes decidir qué quieres hacer.

Cuando Erica se marchó, Melissa se quedó en la mesa reflexionando sobre la conversación. En su país había muchas mujeres que elegían ser madres solteras y nadie decía nada al respecto. Entonces, ¿por qué tenía miedo de lo que pudieran decir sobre ella dos cotillas? ¿Y por qué estaba dispuesta a perder la herencia por ello?

No lo estaba. La única opinión que realmente importaba era la de su familia. Todos se querían y, desde la muerte de su padre, sus lazos estaban estrechándose. Quizá sus hermanos la apoyaran si se quedaba en Aspen.

Se sentó derecha y tomó una decisión. No le importaba lo que la gente como Elmer Madison y Clara Buchanan tuviera que decir sobre el hecho de que se convirtiera en madre soltera. No eran ellos quienes vivían su vida. Era ella.

Si decidían dejar el grupo de inversores a causa de su embarazo, ellos saldrían perdiendo. Era probable que otras personas del pueblo ocuparan sus puestos y disfrutaran de los beneficios de invertir en Jarrod Ridge.

Sintiéndose un poco mejor, suspiró. Si también pudiera resolver lo que sentía por Shane tan fácilmente... Pero una cosa era cambiar la actitud sobre algo y otra muy distinta cambiar lo que sentía por una persona.

No había vuelta de hoja: amaba a Shane y siempre lo haría.

—Cactus, es la peor carne que he probado nunca — se quejó Shane, empujando el plato.

Lo cierto era que el plato podía haberlo preparado un famoso cocinero y habría pasado lo mismo. Todo lo que intentaba comer durante los últimos días le parecía asqueroso.

—Han pasado tres días desde que te separaste de esa joven y prometo que estás de peor humor ahora que cuando me dijiste que ya no vendría más — se quejó Cactus mientras recogía la mesa.

Shane suspiró e ignoró a Cactus mientras despotricaba. Sabía que estaba siendo injusto con todo el mundo. Pero no podía evitarlo. No podía comer, no podía dormir y no conseguía aliviar el vacío que se había instalado en su pecho la noche que salió de Willow Lodge.

—Siento estar un poco irritable —dijo él, sabiendo que no tenía excusa para descargar su mal humor con Cactus.

—¿Un poco irritable? —el hombre parecía disgustado—. Chico, he visto osos grizzly muy enfadados que tenían mejor humor que tú.

Frotándose el cuello para liberar la tensión, Shane asintió.

—Lo sé. Y lo siento.

—Saberlo y hacer algo al respecto son dos cosas distintas —dejó los platos en el fregadero. Cuando se volvió hacia Shane, lo apuntó con una cuchara de madera—. Me parece que si de verdad te sientes tan desdichado, deberías ir al pueblo y ver qué puedes hacer para solucionar las cosas con esa chica.

—No es tan fácil.

—¿Por qué no?

A Shane no le sorprendía que a Cactus pudiera parecerle tan sencillo. El hombre veía las cosas de color blanco o negro, bien o mal.

Si algo iba mal, una persona lo solucionaba y continuaba hacia delante. Pero había cosas que no eran tan fáciles de solucionar.

—Por un lado, dudo que Lissa me abra la puerta si voy a su casa.

—Entonces, la paras en cualquier sitio y hablas con ella. Y si te tienes que arrodillar para decirle lo mucho que lo sientes, lo haces.

—¿Cómo sabes que estoy equivocado? —preguntó Shane. No le había contado nada al hombre, excepto que la boda se había cancelado y que Lissa no volvería a Rainbow Bend.

—A las mujeres no les importa quién haya empezado o qué ha pasado. Para ellas, la culpa siempre es del hombre.

—Lo tendré en cuenta —dijo Shane. No necesitaba oír más consejos sobre las relaciones. Ya sabía quién era el culpable de la ruptura con Lissa.

Una vez dentro de su estudio, Shane cerró la puerta y se sentó junto a la mesa de diseño. Llevaba un par de días intentando trabajar en los planos de los establos del jeque, pero no había avanzado nada.

No era capaz de dejar de pensar en Lissa y en la expresión de su rostro cuando él no fue capaz de responder a sus preguntas. Él sabía muy bien por qué había aceptado la oferta de ayudar al senador con la investigación y no estaba orgulloso de ello. Aceptar el trabajo había sido su manera de huir, la manera de escapar de lo que sabía que era inevitable.

Respiró hondo. Los hombres nunca querían admitir que se habían comportado como unos cobardes. Pero lo cierto era que estaba asustado. Lissa le provocaba

sentimientos muy intensos. Provocaba que él deseara conseguir cosas que siempre había estado convencido que nunca tendría.

Apoyando los codos sobre la mesa, se cubrió el rostro con las manos. En algún momento, Lissa había conseguido traspasar sus barreras y él había hecho lo impensable. Se había enamorado de ella.

Con el corazón acelerado, se levantó de la mesa y se acercó a la ventana para contemplar Rainbow Valley. No quería que la historia se repitiera, no quería pasar por el mismo infierno que había pasado su padre al amar a una mujer.

Sin embargo, se encontraba en la misma situación. Amaba a Lissa y le resultaba imposible vivir sin ella.

Mientras observaba el vuelo de un águila en el cielo, pensó en lo que Lissa le había dicho al romper el compromiso. Había estado toda la vida relegada respecto al trabajo de un hombre. Y él estaba haciendo lo mismo que había hecho el padre de ella. Por lo que recordaba, Donald Jarrod pasaba cada minuto del día controlando todos los aspectos de su empresa. Y en lugar de tratar a sus hijos de manera especial, Jarrod esperaba que se esforzaran y trabajaran más que el resto.

No era de extrañar que cuando Lissa escuchó su conversación con el senador Kurk, pensara que él era tan ambicioso como su padre. No tenía forma de saber que él estaba huyendo de sí mismo y no luchando por mejorar su carrera profesional.

Shane negó con la cabeza. Aunque quería destacar en su trabajo no estaba dispuesto a que acabara con su vida. Pero eso no se lo había dicho la otra noche. Y no estaba seguro de si ella le daría la oportunidad de hacerlo.

Pero tenía que intentarlo y sabía cómo empezar a tratar de solucionar las cosas. Se volvió hacia el escritorio y descolgó el teléfono.

— ¿Senador Kurk? Soy Shane McDermott.

## *Capítulo Diecinueve*

—Blake, ¿te pillo en buen momento? —pregunto Melissa desde la puerta del despacho de su hermano.

—¿Qué pasa? —preguntó él, levantando la vista de los documentos que estaba repasando con su secretaria.

—Tengo que decirte algo —dijo ella, entrando en la habitación.

—Os dejaré a solas —dijo Samantha.

De todos los hermanos, Blake era el que se parecía más a su padre. Era un ejecutivo dedicado y la mejor opción para convertirse en director de Jarrod Ridge. También era un poco intimidante.

Melissa se sentó en una silla y respiró hondo.

—Quería que supieras que mi relación con Shane ha terminado.

Él se levantó y se acercó a ella con cara de preocupación.

—Lo siento, Melissa —dijo él, sentándose a su lado—. ¿Te encuentras bien?

Su tono de preocupación hizo que Melissa contuviera las lágrimas.

—Han sido unos días difíciles —admitió—. Pero estoy bien.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó.

—En realidad no. Aunque estoy segura de que cuando se corra el rumor por el complejo empezará a haber muchos comentarios. Solo quería que tú lo supieras antes de que eso pasara.

Blake asintió.

—Te lo agradezco. Pero me preocupa más que estés bien que los rumores que pueda haber.

—Espero que así sea, porque he tomado una decisión y no estoy segura de si estarás de acuerdo con ella —lo miró a los ojos—. Voy a quedarme en Aspen.

—¿Y a dónde ibas a ir si no?

—Al principio pensé que sería mejor que regresara a California para tener al bebé. Sé que a algunos inversores no les va a gustar que yo sea madre soltera, pero...

—No me importa nada que esa gente no contribuya nunca más con Jarrod Ridge —la interrumpió él.

Asombrada por las palabras de su hermano, lo miró.

—¿De veras?

Él asintió.

—Sabían que papá habría vendido su alma por el complejo y por su reputación. Durante años, se han aprovechado de ello porque teníamos miedo de que se retiraran del grupo de inversores. Eso ha terminado.

—No habrá diferencia si dejan de invertir en los eventos especiales, ¿verdad? — suponía que no, pero necesitaba estar segura.

Blake se rio.

—No. El padre de nuestro tatarabuelo inició el grupo de inversores cuando necesitaba capital para construir Jarrod Ridge. Ahora ya no necesitamos el dinero de nadie para hacer lo que queramos en el complejo.

—Entonces, ¿por qué no se ha disuelto el grupo? —preguntó ella, preguntándose por qué su padre no lo había disuelto años atrás.

—Por el mismo motivo por el que tú querías renunciar a tu parte de Jarrod Ridge y regresar a California —dijo Blake—. Papá temía lo que ciertos inversores como Clara y Elmer pudieran decir sobre el complejo.

Por primera vez desde que entró en el despacho de su hermano, Melissa se relajó un poco.

—¿Quieres decir que no te importa lo que puedan decir?

—Los locales no son los únicos que mantienen Jarrod Ridge, ni tampoco los que nos dan la fama o nos la quitan —dijo con una sonrisa—. Son los turistas. Nosotros mantenemos a flote a la gente del pueblo con los clientes que traemos. Dudo mucho que sean tan vengativos como para morder la mano que les da de comer.

—No lo había pensado de ese modo —Melissa se puso en pie y abrazó a su hermano—. Gracias, Blake. Nuestra conversación me ha ayudado mucho más de lo que imaginas.

—Para eso está la familia, Melissa —dijo él, y se sentó de nuevo detrás del escritorio—: Siento que las cosas no hayan ido bien entre McDermott y tú.

—Yo también —dijo ella con tristeza mientras salía del despacho.

De regreso al spa, Melissa se preguntó por qué su padre no había visto lo que Blake había dicho acerca de la importancia que el complejo tenía para el pueblo. O quizá sí lo había hecho pero había empleado el temor de arruinar la fama del complejo para manipular y controlar a sus hijos. En cualquier caso, la siguiente generación de los Jarrod no tendría que vivir bajo la amenaza de lo que los demás pudieran opinar.

Pero la solución de su problema no le sirvió de mucho. De hecho, solo le dejaba más tiempo para pensar en Shane y en la inmensa soledad que sentía desde que había roto con él.

Sumida en sus pensamientos, estaba a medio camino de la recepción cuando se percató de que Rita la estaba llamando.

– ¿Ocurre algo, Rita? – preguntó, volviéndose hacia ella.

– Señorita Jarrod, me temo que he cometido otro error con el horario de esta tarde – dijo Rita, mirándola como si estuviera a punto de romper a llorar –. No sé cómo ha sucedido, pero tenemos un cliente en la sala verde esperando para recibir un masaje y no hay ningún masajista disponible. ¿Podría ocuparse?

Suspirando, Melissa asintió y se dirigió hacia la sala.

– No hay problema, Rita. La próxima vez comprueba las reservas dos veces.

En realidad, se alegraba de tener algo que hacer para no pensar en lo mucho que echaba de menos a Shane.

Tan pronto como abrió la puerta, percibió el sonido de una cascada y se le cortó la respiración. Era probable que nunca más pudiera oír ese sonido otra vez sin pensar en Shane y en la tarde que habían pasado juntos en las cascadas de Rainbow.

Miró hacia la camilla y vio que no había nadie en ella. El sonido del cerrojo de la puerta al cerrarse hizo que se volviera para ver quién estaba con ella en la habitación.

– Hola, Lissa – la voz masculina era cálida e íntima y provocó que a Lissa se le detuviera el corazón.

– Shane, ¿qué diablos estás haciendo aquí?

– La otra noche te dije que nuestra conversación no había terminado – dijo él, acercándose a ella.

Melissa rodeó la camilla para dejarla en medio de los dos.

– Y yo te dije que no teníamos nada más que hablar.

Vestido con tan solo una toalla en la cintura, Shane cruzó los brazos sobre su torso desnudo.

– Puede que tú no tengas nada más que añadir, pero yo sí.

Melissa cerró los ojos e intentó no pensar en lo bien que se había sentido al estar entre sus brazos durante toda una noche. Abrió los ojos y negó con la cabeza.

– Por favor, Shane, no me hagas esto.

– ¿El qué, Lissa? ¿Explicarte por qué acepté ayudar al senador Kurk en la investigación? ¿O no contarte nada acerca de la batalla que he librado conmigo mismo sobre por qué dudaba a la hora de contestar tus preguntas?

– Nada de eso importa, Shane – dijo ella, intentando que no le temblara la voz –. No puedes cambiar, y yo no me conformaré.

– Sí que importa, cariño – dijo él.

Consciente de que él no iba a marcharse de allí hasta que ella hubiera escuchado lo que tenía que decir, Melissa señaló su toalla.

– ¿De veras crees que podemos tener este tipo de conversación contigo vestido solo con esa toalla?

–No tengo ningún problema –llevó la mano hasta donde estaba anudada la toalla–. Pero si lo prefieres, me la quito.

–No –dijo ella, y levantó la mano para detenerlo–. La toalla está bien. Dime lo que tengas que decirme y márchate.

Él señaló la butaca que había en una esquina.

–¿Por qué no te sientas?

Con las piernas temblorosas, ella se acercó a la butaca y se sentó. Al ver que él se acercaba, ella negó con la cabeza.

–Puedes decírmelo todo desde ahí.

Si se acercaba más a ella había muchas posibilidades de que la tocara, y eso era algo que no podía permitir.

Lo observó respirar hondo y, al ver el movimiento de sus músculos abdominales, se estremeció.

–Primero de todo, quiero que sepas que no soy como tu padre, Lissa. No dedico cada minuto de mi vida al trabajo –negó con la cabeza–. No me malinterpretas, me gusta mi carrera y soy bueno en lo que hago, pero eso es parte de mi vida. No toda.

–Ése no es el mensaje que transmitías la otra noche –dijo ella–. Por cómo hablabas cuando aceptaste ayudar en la investigación del senador, parecía que no podías esperar a empezar.

Él asintió.

–Sé que eso es lo que parecía, pero no acepté el trabajo porque no pudiera resistir la oportunidad de trabajar. Acepté el trabajo porque sentía la necesidad de huir.

–No hacía falta que llegaras a ese punto para alejarte de mí –dijo ella, con voz temblorosa–. Lo único que tenías que decirme era que habías cambiado de opinión.

–No, Lissa, no quería escapar de ti –dijo él–. Escapaba de mí mismo.

–No lo comprendo –frunció el ceño.

–Deja que te cuente una historia que quizá te ayude a comprender las cosas. Cuando mis padres se casaron y él la llevó a Rainbow Bend, ella le dijo que le encantaba vivir allí. ¿Y quién sabe? Quizá fuera cierto durante una temporada.

–¿Y a quién no iba a gustarle vivir allí?

–Después de pasar varios inviernos aislada durante semanas porque no se podía salir del valle, a mi madre se le hizo insoportable –puso una triste sonrisa–. No recuerdo una noche en la que no me quedara despierto escuchando cómo le suplicaba a mi padre que vendiera el rancho. Más tarde, empezó a amenazarlo con marcharse si no lo vendía.

–Oh, Shane, lo siento –dijo Melissa–. ¿Por eso no paras de advertirme lo de las nevadas?

Él asintió.

—Quiero que sepas dónde te estás metiendo.

—Tu madre no era de por aquí, ¿verdad?

—No, era de cerca de Florida —dijo él—. ¿Pero qué más da?

—Pues que no estaba acostumbrada al clima que tenemos aquí. Yo me crié aquí, estoy acostumbrada a las grandes nevadas y a las dificultades que hay para moverse. Ella no lo estaba.

Él se quedó pensativo un momento.

—Puede que tengas razón, pero eso no es excusa para abandonar a su esposo y a su hijo y no volver nunca más.

—¿No has vuelto a verla?

—No. Hace unos años me notificaron que había muerto en un accidente de coche.

Melissa podía comprender que un niño no volviera a ver a su madre por culpa de la muerte. Su madre había muerto de cáncer cuando ella tenía dos años y solo la recordaba por las fotos que su padre tenía guardadas. Pero ¿cómo podía una madre abandonar a su hijo y no volver a contactar con él?

—¿Cuántos años tenías la última vez que la viste?

—Nueve —la miró a los ojos—. Pero ese día perdí también a mi padre.

—Creía que tu padre no había muerto hasta tu último año de universidad —dijo ella, confusa.

—Su espíritu se marchó mucho antes —dijo Shane, suspirando—. Cuando por fin dejó la botella de *whisky* y terminó de quemar todo lo que podía recordarle que en esta casa había vivido una mujer, hizo solo dos cosas durante el resto de su vida: trabajar y dormir. Aparte de eso, la vida no le interesaba en absoluto.

—¿Tu padre te guardó una foto de ella? —su padre no había podido deshacerse de ninguna de las pertenencias de su madre.

—No. Apenas recuerdo cómo era —Shane se encogió de hombros—. Pero prometí que nunca me pondría en una situación en la que pudiera pasarme algo parecido. No iba a darle ese poder sobre mí a ninguna mujer.

Temiendo que le dijera que nunca podría darle lo que ella más necesitaba, su amor, Melissa se mordió el labio inferior para evitar que le temblara.

—¿Qué tiene que ver eso con ayudar al senador?

Shane se acercó y se arrodilló junto a ella.

—Intentaba huir del hecho de que me estaba metiendo justo donde había prometido que no me iba a meter.

Melissa cerró los ojos e intentó no hacer ninguna interpretación de lo que Shane había dicho. No podría soportarlo si estuviera equivocada.



— ¿De qué intentabas huir, Shane? — por fin encontró el valor de preguntarle.

— De amarte, Lissa — dijo él, agarrándole las manos—. En esta vida no hay muchas cosas que me den miedo, pero la idea de amarte como te amo y de la posibilidad de que algún día me dejes, me asusta muchísimo.

A Melissa se le llenaron los ojos de lágrimas.

— ¿Me quieres?

Asintiendo, él la abrazó y la estrechó contra su pecho.

— Te quiero y te necesito tanto como al aire que respiro.

Antes de que ella pudiera decirle que también lo amaba, él la besó de forma apasionada. Un intenso calor la invadió por dentro y su corazón se llenó con la idea de que Shane la amaba. Jamás se había sentido tan completa como en ese momento.

Cuando por fin se separaron, Melissa le sujetó el rostro con ambas manos.

— Shane McDermott, te quiero con toda mi alma y todo mi corazón.

— Yo también te quiero, cariño — la besó en los labios y levantó su mano izquierda para ponerle el anillo de compromiso—. Prométeme que no me lo devolverás nunca.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y negó con la cabeza.

— Nunca — de pronto se le ocurrió que solo llevaba puesta una toalla desde que entró en la habitación—. ¿Dónde tenías guardado el anillo mientras me contabas lo de tus padres?

Él se rio.

— ¿No te has fijado en que tenía la mano izquierda cerrada?

— No... — sonrió ella—. Estaba demasiado ocupada mirando tu... Umm, tu corazón.

Él colocó la mano de Lissa sobre su pecho.

— Ahora te pertenece, Lissa. Mi corazón, mi alma, todo mi ser te pertenecerá durante el resto de nuestras vidas.

— Y yo soy toda tuya, Shane — le prometió—. Lo he sido desde el momento en que nos conocimos.

Shane la tomó en brazos y se sentó, colocando a Lissa sobre su regazo.

— Tenemos que hablar de alguna cosa más.

— ¿De qué? — preguntó ella, apoyando la cabeza en su hombro.

— Te creo cuando dices que te gusta el rancho — dijo él—. Pero creo que construiremos una casa aquí, en Aspen, para la temporada de nieve.

— Pero no me importará quedarme aislada mientras sea contigo.

Él se rio.

—Lo sé, pero pienso en el futuro. Cuando nuestro hijo sea mayor no quiero que tenga que irse a vivir con algún familiar para poder ir al colegio.

—No había pensado en eso —dijo ella, contenta de que él quisiera que estuvieran todos juntos.

—También creo que sería buena idea que pasemos este invierno en Willow Lodge —la besó en la nariz—. De ese modo no tendrás que cancelar ninguna cita médica por culpa del clima.

—Estás lleno de buenas ideas —dijo ella con una amplia sonrisa—. De esa manera, cuando tengas que viajar para la investigación, yo podré ver a Avery y a Erica de vez en cuando.

—Tu familia podrá venir siempre que quiera, pero yo también estaré allí.

—¿Ah, sí?

Él asintió con una sonrisa.

—Esta tarde llamé al senador Kurk para decirle que después de pensarlo bien no podré hacer el trabajo.

—¿Lo ha entendido? —preguntó ella, preguntándose si se habría enemistado con un viejo amigo de la familia.

—Me dijo que se sentía decepcionado pero que comprendía que siendo un recién casado no quisiera alejarme de ti —Shane la besó en la mejilla y en la nariz—. Y eso me recuerda lo último que tenemos que hablar.

—¿La fecha de la boda?

Él asintió.

—¿Mantenemos la fecha para el día de Nochevieja?

—Por supuesto.

Shane la besó en el cuello varias veces.

—¿Por qué no me visto y te tomas el resto de la tarde libre? Me gustaría llevarte a Willow Lodge y recuperar el tiempo que hemos perdido mientras hemos estado separados.

—Es una gran idea, vaquero —dijo ella, queriéndolo más a cada segundo que pasaba.

Él era su corazón, su alma, su vida. Ella no podía esperar para estar entre sus brazos otra vez, celebrando la felicidad que suponía el haberse encontrado, la vida que habían creado y el amor que compartirían durante el resto de sus vidas.

*Fin*